PRIMER TESORO

DE CUENTOS

DEL ATLAS TELLIANO

PRIMER TESORO

DE CUENTOS

DEL ATLAS TELLIANO

ÓSCAR ABENÓJAR

MITÁFORAS 4

MADRID, ABRIL DE 2017

ES ESTE EL PRIMER VOLUMEN de una colección de relatos recopilados en la franja septentrional de Argelia. Los textos fueron grabados, en lengua árabe o en bereber, directamente de informantes de las montañas del Tell, y luego fueron traducidos al español, editados y catalogados conforme a las pautas marcadas por los índices internacionales de cuentos.

El prólogo de este *Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano* incluye tres secciones: en la primera se expone la información relativa a la geografía, la historia y la etnografía del Tell; en la segunda, se presentan los rasgos más relevantes de la narrativa oral de la región; y en la última el lector hallará algunas claves para entender las fórmulas, tanto las bereberes como las árabes, que a menudo aparecen al inicio y al final de los cuentos de esta antología.

ÓSCAR ABENÓJAR es profesor en el Departamento de Español de la Universidad Politécnica de Pekín (BIT).

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: Óscar Abenójar, *Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano*, Madrid: Mitáforas, 2017.

2017 © Óscar Abenójar
2017 © Mitáforas

ISBN: 978 84 697 2616 7

ÍNDICE

Algunas notas geográficas e históricas
(7-15)

La narrativa oral en el Atlas telliano
(15-21)

Formulismo de los cuentos del Tell
(21-35)

Criterios de edición
(35-39)

Antología de cuentos

Cuentos de animales

Ciclo del chacal

El chacal y el erizo cultivan un campo 42
El chacal en la trampa 45
El chacal cuida las ovejas 48
El chacal y el erizo en el silo 49
El león, el chacal y el mulo 51
El chacal maestro 54
El chacal y el niño que lloraba 56
Los tres bueyes 57
El chacal y la oveja astuta 60
El chacal se casa 61
El chacal, el perro y la deuda 62

Otros cuentos de animales

La serpiente y el hombre 67
El mulo y el burro 70
El gato recupera su camisa 73

Cuentos humorísticos y obscenos de animales

El burro monta al mono 78
El elefante y la hormiga 79
La gacela, el mono y el león 80

Cuentos maravillosos

Las tres hermanas y el castillo de la ogresa 82
El muchacho fuerte que mató al monstruo 88
El príncipe y la hija del ogro 91
La ogresa y las siete hermanas 97
Hamimes, la ogresa y su hija 102
La mujer y el djinn 106
El monstruo que devoraba cadáveres 108
La hermosa prometida y la madrastra malvada 113
Luna del sol 124

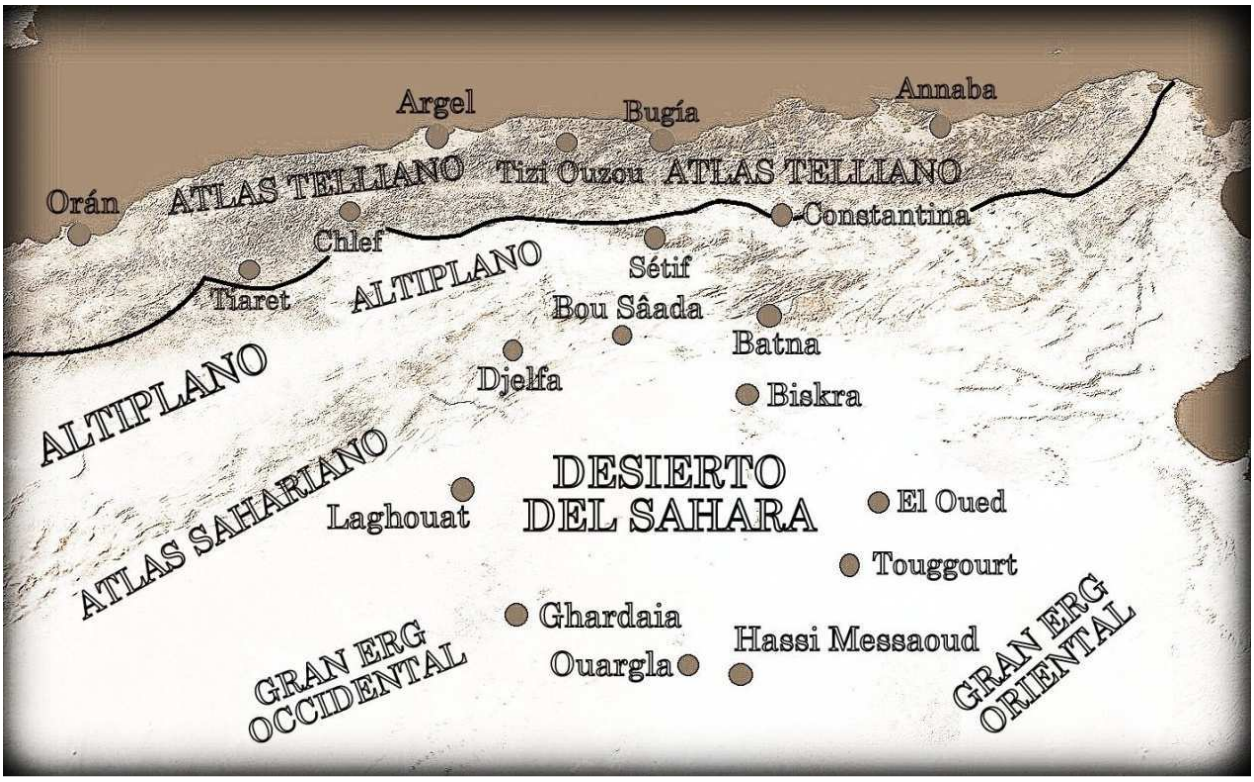
Prólogo

Algunas notas geográficas e históricas

Atlas telliano, Atlas marítimo o bien, simplemente, Tell son las designaciones que recibe la sierra que se despliega por toda la franja norte de Argelia, prácticamente paralela al Mediterráneo y a unos pocos kilómetros de la costa. Esta cadena constituye uno de los tramos más elevados de la cordillera del Atlas; de hecho, su cúspide alcanza los 2 308 metros de altura en el pico Lalla Khadîdja, a unos ochenta kilómetros al este de la capital argelina. Y es también es uno de los tramos más extensos, pues arranca en las proximidades de la frontera marroquí y se prolonga por todo el litoral argelino hasta el límite con el territorio tunecino, abarcando, en total, algo más de mil quinientos kilómetros.

En la actualidad estas montañas acogen a más de la mitad de la población de Argelia, y en sus estribaciones se ubican las urbes más significativas del país, entre ellas la propia capital, Argel, y otras ciudades de gran importancia demográfica, tales como son Orán, Constantina, Annaba, Bugía, Setif, o Sidi-Bel-Abbès.

El Tell divide dos regiones de diferencias ecológicas muy marcadas. La vertiente septentrional –que es de clima mediterráneo– recibe volumen de precipitaciones bastante elevado, y sus paisajes de bosques y pastos contrastan radicalmente con los que pueden observarse en las faldas meridionales, que se extienden por el seco e inhóspito altiplano argelino. En la cara septentrional, los campos de cultivo alternan con masas de pinos, encinas, quejigos, castaños y alcornoques, salpicadas de vez en cuando de higueras, fresnos y chumberas; y ya en las proximidades de las cumbres es posible encontrar algún que otro bosque de cedros. En cambio, hacia el sur, en la ladera opuesta, solo las encinas tapizan tímidamente las umbrías situadas a mayor altitud, y unos kilómetros más allá comienza a desplegarse la extensa meseta sahariana. Allí ya no queda ni rastro de los tupidos bosques de la costa; únicamente algunas palmeras aparecen desperdigadas aquí y allá sobre el suelo pedregoso, como alguaciles raquíticos que anuncian ya la inminencia del desierto.



Ecorregiones del norte de Argelia.
La línea delimita la frontera meridional del Atlas telliano

Pero el Atlas telliano no es únicamente una muralla que separa dos zonas de vegetación y de clima muy diferentes. Las montañas también suponen una importante frontera lingüística. En la vertiente norte coexisten el árabe dialectal y varias lenguas y dialectos bereberes; mientras que en la meridional –en la elevada altiplanicie que separa el Atlas telliano del sahariano–, el árabe predomina ampliamente de este a oeste, y en aquel territorio a duras penas subsisten unos pocos reductos berberófonos, que (a excepción del dialecto chaoui de las montañas del Aurès) son minúsculos y poco relevantes en términos demográficos.

Distribución de las variedades del bereber en el norte de Argelia

En materia de literatura oral, sin embargo, las cumbres del Tell no constituyen una barrera significativa; ya que los mitos, los cuentos y las leyendas –e incluso el propio estilo de las narraciones– son muy similares a un lado y al otro de las montañas; y eso es porque en el pasado el Tell no fue una empalizada infranqueable para los grupos étnicos que se instalaron al norte y al sur. Precisamente, para comprender mejor esa uniformidad cultural que puede percibirse hoy en día a lo largo del Atlas telliano, a continuación realizaremos un brevísimo recorrido histórico por los pueblos que se residieron en la zona durante la Antigüedad y los primeros siglos de la Edad Media.

La líbica fue la primera civilización de la que tenemos noticia en el norte de África. De ella sabemos, gracias a Heródoto[1], que se extendía

[1] En su *Historia*, Heródoto mencionó doce tribus que habitaban al oeste de la actual Libia: los *adirmachidae* (IV, 168), los *gilgamae* (IV, 169), los *asbistae* (IV, 170), los *auschisae* (IV, 171), los *bacales* (IV, 171), los *nasamones* (IV, 172), los *garamantes* (IV, 174), los *macae* (IV, 175), los *gindanes* (IV, 176), los comedores de loto (IV, 177), los *machiles* (IV, 179) y los *auseanos* (IV, 180). Sin

por toda la franja septentrional del continente, desde las arenas del desierto hasta las fértiles colinas costeras, lo que apunta a que, ya desde la Antigüedad remota, tanto el norte como el sur del Tell estaban ocupados enteramente por tribus bereberes. No obstante, todavía no disponemos de fuentes documentales precisas y fiables de aquellos años, y estos sucintos apuntes del historiador de Halicarnaso son, a todas luces, insuficientes para discernir siquiera la identidad etnográfica de la sociedad líbica-bereber, y mucho menos para elucubrar cómo podría ser el panorama lingüístico de la prehistoria norteafricana.

Pero resulta que el material documental de la Antigüedad algo más reciente tampoco es más abultado. Por ejemplo, de una civilización tan influyente en el Mediterráneo como fue la púnica –que alcanzó un desarrollo considerable en toda la costa occidental del norte de África desde el IV a. de C. hasta mediados del II a. de C.– no conservamos ningún dato etnográfico esclarecedor sobre las regiones del interior. De hecho, a juzgar por esa flagrante carencia de información acerca de la población autóctona, se diría que los colonizadores púnico-cartagineses únicamente se interesaron por afianzar las relaciones comerciales con otros puertos del Mediterráneo y que vivieron de espaldas al continente en que se habían asentado.

---

embargo, las denominaciones de las tribus bereberes han cambiado tanto desde la época de Heródoto que, hoy por hoy, resulta imposible identificar aquellos exónimos que utilizó el historiador griego.

Más tarde, durante el periodo de la regencia númida, que abarcó apenas siglo y medio (desde el 202 a. de C. hasta el 46 a. de C.), las etnias bereberes volvieron a detentar el poder y a administrar buena parte del territorio norteafricano, como habían hecho antes durante el periodo líbico; y llegaron a gobernar –de norte a sur– desde la costa de lo que hoy es Argelia hasta las estribaciones meridionales del Atlas sahariano. La capital númida fue establecida en la ciudad de Cirta –la actual Constantina–, y sus fronteras se extendieron más allá del Tell; de modo que, tampoco durante el periodo númida, las montañas separaron dos culturas diferentes.

Cayó aquel efímero reino bereber porque las disputas internas y el acoso de Roma acabaron por desestabilizar el gobierno local; de manera que en el año 20 de nuestra era toda la región quedó anexionada al Imperio romano. Fue creada entonces una nueva provincia –la "Mauritania"– que fue intensamente romanizada desde los años posteriores a la anexión. La región comprendía un territorio muy vasto, el cual abarcaba desde la actual frontera con Marruecos hasta no muy lejos de lo que hoy es Túnez. Su gran extensión fue, precisamente, lo que propició que más tarde fuera dividida en dos distritos administrativos: la Mauritania cesariense, cuya capital fue establecida en la ciudad de Caesarea (urbe del litoral argelino que corresponde a la actual Cherchel), y la Mauritania tingitana, que tenía por capital Tánger y que dependía administrativamente de la península ibérica. Vemos, pues, que durante el periodo romano las montañas no constituyeron

tampoco ninguna suerte de frontera étnica, ya que la provincia, por el sur, se extendía más allá del Atlas, y rozaba incluso las arenas del Sahara.

Tampoco tras la conquista de los vándalos, en el 429, las alturas del Tell habrían de dividir dos pueblos diferentes. Los invasores germánicos se instalaron a lo largo de toda la costa argelina, llegando, por el oriente, hasta la actual frontera tunecina y, por el sur, hasta el Atlas sahariano. Su presencia en el norte del continente africano, sin embargo, no se prolongó durante demasiado tiempo. Apenas un siglo más tarde, concretamente en el 534, el rey bizantino Justiniano I (483-565) derrotó al reino vándalo y extendió los dominios de su imperio por la práctica totalidad del litoral argelino. A partir del año 644 las tropas bizantinas, apoyadas por las tribus locales, hubieron de enfrentarse a las hordas del recién constituido califato omeya. La alianza entre bizantinos y bereberes logró resistir durante más de seis décadas; pero finalmente, en el año 708, toda la región hubo de plegarse ante los ataques de los invasores orientales. Desde aquella fecha, la islamización (y con ella la lengua árabe) empezó a extenderse como la pólvora por el Magreb hasta cuajar en casi todos los rincones que hoy conforman la nación argelina.

No obstante, los conquistadores llegados de las lejanas tierras de Arabia tampoco dejaron ningún testimonio documental que reflejara la composición étnica de la sociedad bereber. Y es que las primeras observaciones detalladas de orden etnográfico y sociológico acerca de los pueblos autóctonos del norte de África habrían

de esperar aún siete siglos más. Fueron aportadas por el eminente sociólogo tunecino Aben Jaldún (1332-1406) en su monumental *Introducción a la historia universal*[2]. En la actualidad, aparte de la preciosísima información histórica, lingüística y sociológica contenida en la obra de Aben Jaldún, los datos que manejamos acerca de la composición étnica del Magreb anterior a la islamización siguen siendo muy escasos y muy poco fiables.

Lo que sí podemos afirmar con rotundidad es que a lo largo de la Antigüedad esa barrera geológica, paisajística, ecológica y lingüística que es el Atlas telliano no constituyó en modo alguno una frontera política ni étnica significativa. Los pueblos que hemos mencionado anteriormente se expandieron más allá de la vertiente meridional de la cordillera o bien se instalaron únicamente en las ciudades del litoral; y todos ellos contribuyeron, en mayor o en menor medida, a la conformación de esa cultura híbrida y extremadamente compleja que caracteriza hoy en día a todo el norte de África.

[2] Dada la relevancia de la *Introducción a la historia universal* (cuyo título, en árabe, suele transcribirse *Al-Muqaddima*), hoy en día disponemos de múltiples ediciones y traducciones en varios idiomas, aunque ninguna en español. Una de las más conocidas y rigurosas en lengua inglesa es la de Franz Rosenthal, N. J. Dawood y Bruce Lawrence, *The Muqaddimah: An Introduction to History* (Princeton: Princeton University Press, 1967). En francés pueden consultarse ediciones también de elevada calidad filológica, como *Discours sur l'histoire universelle: Al-Muqaddima*, 3ª ed. (Arles: Commission libanaise pour la traduction des chefs-d'œuvre-Actes Sud, 1997), a cargo del militar, historiador y filólogo francés Vincent-Mansour Monteil.

Y por ser, precisamente, el Atlas telliano un enorme crisol en el cual han venido fundiéndose sucesivamente culturas tan diferentes –llegadas a veces de tierras tan remotas como son el Báltico o Arabia–, hoy en día en la etnografía del Tell pueden observarse brillos muy diversos. Ese legado, como decimos, tan original y tan plural del que se han nutrido sus pueblos ha calado profundamente, además, en los cuentos que se narran por aquellas latitudes y les ha conferido unas tonalidades opalinas donde aún se adivinan las huellas de las civilizaciones que han transitado por sus montañas.

La narrativa oral en el Atlas telliano

En los estudios de folclore hay todavía determinadas parcelas de la investigación que por un motivo u otro han quedado relegadas a la penumbra del olvido. Y en el caso concreto de España, una de las víctimas más desafortunadas de esa negligencia ha sido, precisamente, la tradición oral norteafricana. Es posible que esa omisión se deba a las dificultades que implica traducir de unas lenguas tenidas como "difíciles" o "exóticas" como son el árabe dialectal y el bereber; o tal vez venga motivada porque, hasta la fecha, los etnógrafos occidentales han dado la espalda a las culturas del Mediterráneo meridional, por considerar que se trata de civilizaciones acaso menos *prestigiosas* que las europeas. Pero lo más probable es que el abandono de los estudios de etnografía del

Magreb se deba a una combinación desafortunada de ambos factores.

En todo caso, fueran cuales fueran las razones y los responsables que motivaron tal dejadez, la triste realidad es que en España, hoy por hoy, la ignorancia en materia de tradición oral magrebí resulta flagrante. Tal vez, lo que más llama la atención es que hayamos atesorado un enorme caudal de información acerca de las tradiciones europeas y que –paradójicamente– únicamente conozcamos algunos datos, todavía muy escasos, acerca del folclore de nuestros vecinos meridionales, los pueblos norteafricanos. Y, dicho sea de paso, ese olvido no es baladí, pues ignorar la cultura norteafricana implica, en buena medida, ignorar también un componente muy importante de nuestra propia tradición hispánica. El intercambio cultural que tuvo lugar en la península ibérica desde la conquista musulmana hasta la expulsión definitiva de los moriscos, en 1609, fue determinante para la conformación de la cultura ibérica, y podemos afirmar sin ambages que la tradición norteafricana, en buena medida, ya forma parte de la española. Pero, ¿qué ocurrió entonces con aquel legado de relatos y canciones que se contaban y se cantaban en Al Ándalus? ¿Debemos suponer que desapareció de repente? ¿Acaso se esfumó definitivamente –borrado de un plumazo– sin dejar rastro alguno en la costa meridional del Mediterráneo?

En absoluto. Hay pruebas fehacientes de que esto no ocurrió así. Sabemos, por ejemplo, que las comunidades hispanojudías del Magreb han perpetuado hasta la actualidad buena parte de

la literatura oral que conocían sus antepasados antes de la expulsión. Y no hay razón para suponer que el judeoespañol fue el único colectivo que ha conservado ese patrimonio hasta hoy en día. A buen seguro, también una parte significativa de los mitos, leyendas y cuentos que contaban los musulmanes de la península viajó hasta el norte de África tras las expulsiones de 1492 y 1609 y luego debió de germinar en la orilla meridional del Mediterráneo, con brío renovado, empapándose, muy probablemente, de algunos elementos de la tradición local de las comunidades norteafricanas.

Para conocer mejor nuestra propia tradición, deberíamos engrosar, por consiguiente, la todavía muy escueta bibliografía acerca de las literaturas orales de países como Marruecos, Argelia, Túnez o Mauritania. La empresa –es verdad– se anuncia ardua, lenta y llena de obstáculos; pero, por otra parte, promete ser fascinante, porque cualquier información que aportemos en ese sentido puede ayudarnos a conocer mejor el engranaje de esa bisagra cultural –a caballo entre África y Europa– que es el Magreb. Ya anunciamos que por el camino nos toparemos con sorprendentes similitudes con nuestra cultura hispánica, pero también con desemejanzas muy notables, tal vez porque son narraciones que llegaron de tierras muy lejanas, acaso de más allá de esa vastísima frontera que es el desierto del Sahara.

Estos tesoros de cuentos del Atlas telliano que ahora publicamos constituyen un paso más en esa aventura apasionante que supone

adentrarse en un territorio que es aún casi virgen y que anuncia, además, tantas sorpresas. En sus páginas se recoge la primera colección de cuentos de las montañas del norte de Argelia, registrados directamente de la voz de los informantes y volcados después al español, respetando escrupulosamente el estilo en que fueron transmitidos. Los réditos de estos volúmenes no son únicamente académicos. Con toda seguridad, la delicada belleza de las narraciones que aquí se publican, esa atmósfera misteriosa que envuelve algunas de ellas y la ingenuidad o la carcajada que despiertan otras hechizarán a todo aquel que se acerque a ellas únicamente con ánimo de disfrutar de una lectura amena, pues estos relatos son de una hermosura y de una espontaneidad extraordinarias.

La vitalidad de la narrativa oral en el Atlas resulta, aún en pleno siglo XXI, prodigiosa. Eso sucede porque allí, en las tierras altas del norte de África, las narraciones tradicionales gozan aún de un brío que difícilmente puede alcanzar a imaginar la mente del lector occidental, ya sumida de lleno en la era de la telefonía móvil, de la televisión digital, de Internet…

En el Tell, para ir al encuentro de los relatos tradicionales, no hemos de acudir a las bibliotecas ni tampoco a las librerías. En las estribaciones de las montañas que separan el mar del desierto, los cuentos no se leen en la soledad de los libros ni se divulgan en público. Viven y se transmiten detrás de los muros del hogar y, por lo tanto, conservan aún ese halo de secreto y de enseñanza íntima y familiar. Allí las narraciones tienen voz y

rostro conocidos; porque son transmitidas por los mayores a los más jóvenes, generalmente durante la noche, y pertenecen, por tanto, a ese ámbito doméstico y hogareño. Si bien es cierto que las gentes de estas regiones tellianas, de manera ocasional, introducen algún cuento breve o alguna anécdota con el propósito de ilustrar cierto pasaje de su discurso o, simplemente, para solazar a su interlocutor con una narración de su repertorio.

Aldea tradicional en las proximidades de Azzefoun (Gran Cabilia)

En estas colecciones de cuentos se dan cita las voces de muchos narradores y cada una de ellas suena con un timbre particular: unas en árabe dialectal y otras en lengua bereber; pero las hay también que fueron narradas en una variedad híbrida de las dos. Esta pluralidad lingüística se debe a que en Argelia –hoy en día el más extenso país africano– la variedad de lenguas y dialectos

resulta extraordinaria. En los casi 2 400 000 kilómetros cuadrados de territorio –lo que supone casi cinco veces la extensión de España– conviven múltiples variedades del dialecto conocido como "árabe magrebí" con una decena de hablas bereberes, además del francés, del hausa (en algunas aldeas del Sahara) y del korandjé, que es un dialecto perteneciente a la rama lingüística del songai septentrional[3].

Aunque el árabe dialectal es lengua franca en la mayor parte de Argelia, aún es frecuente encontrar numerosos reductos berberófonos donde el árabe resulta ininteligible. Por su parte, las lenguas bereberes, también denominadas *imazighen* (término que a veces ha sido torpemente hispanizado como *amazigues*), hoy en día se hallan esparcidas y fragmentadas por todo el país. Eso sí, su distribución resulta muy desigual. En la franja montañosa septentrional existen dos áreas compactas, las provincias de Cabilia y de Batna, más o menos extensas, donde se hablan dos variedades del bereber: el cabilio y el chaoui respectivamente. En el extremo sur del desierto del Sahara, se extiende una inmensa zona –que corresponde al dominio cultural de los tuareg– en la cual se habla un dialecto del bereber denominado "targuí". Y, como ya anunciábamos en las primeras páginas del prólogo, el resto del inmenso territorio argelino se halla salpicado de

[3] La extensión del korandjé es limitadísima. En la actualidad se habla únicamente en la región argelina de Tabelbala, ubicada en un recóndito sector del desierto próximo a Marruecos.

una infinidad de núcleos minúsculos donde perviven antiquísimos dialectos *imazighen*.

Formulismo de los cuentos del Tell

Los estilos narrativos que se dan cita en los cuentos del Atlas telliano no son menos variados que el mapa lingüístico de la región; de ahí la imposibilidad de condensar los rasgos más significativos de los relatos en un espacio tan reducido como es un prólogo como este, que únicamente aspira a brindar unas pautas básicas de interpretación para guiar al lector hispanohablante. Por ello, y muy a nuestro pesar, habremos de dejar de lado varios aspectos estilísticos de gran envergadura para otros estudios de carácter más específico y exhaustivo, y en las siguientes páginas deberemos contentarnos con presentar –siquiera someramente– la textura poética de las fórmulas que introducen y clausuran determinados cuentos de este volumen.

Estas coplillas de apertura y de cierre –cuya longitud puede fluctuar ampliamente, entre uno y diez versos– varían en gran medida de una región a otra, incluso de un informante a otro del mismo municipio. Y, precisamente, el hecho de que el repertorio formulístico en esta zona del planeta sea tan vasto y tan heterogéneo ha sido, quizá, lo que ha propiciado que los filólogos hayan desistido de compilar un inventario representativo de estas estrofas y de estudiar con

detenimiento su engranaje poético[4]. El resultado es que en la actualidad, en pleno siglo XXI, seguimos careciendo de un corpus de fórmulas del área cultural pan-magrebí.

Tampoco es este prólogo el lugar apropiado para analizarlas exhaustivamente, porque esa tarea desborda con mucho los propósitos de estas páginas. Pero sí conviene, en cambio, que observemos –siquiera a vista de pájaro– las fórmulas iniciales y finales de determinados cuentos del Tell para así apuntar algunas notas que pueden resultar muy útiles a la hora de comprender mejor cómo se articulan y cuál es la función los cuentos en esta zona del planeta.

Para empezar, habremos de tener en cuenta que la inserción de estas fórmulas en los relatos resulta absolutamente asistemática, pues los narradores las introducen o las eliden en función de factores tan adventicios como puedan ser la memoria, el tipo de auditorio o el mero capricho. En lo que concierne a su factura poética, uno de los aspectos más significativos es la enorme diferencia estilística que existe entre las que son de tradición árabe y las que son de tradición bereber. Las primeras, por lo general, arrancan con un segmento bimembre *hadjitek* (lit. "te he

[4] Hasta la fecha tan solo disponemos de un estudio de cierta amplitud acerca de las fórmulas de los cuentos norteafricanos, y es el que publicó el lingüista holandés Maarten Kossmann en el cuarto capítulo (pp. 74-103) de su monográfico *A Study of Eastern Moroccan Fairy Tales* (Helsinki: FF Communications-Academia Scientiarum Fennica, 2000). Sin embargo, Kossmann únicamente tomó en consideración algunas muestras recogidas en Marruecos, por lo que los resultados de su estudio no pueden ser considerados representativos de toda la tradición magrebí.

contado") / *madjitek* (lit. "no he venido por vosotros"), compuesto por dos trisílabos aconsonantados[5].

Ocurre a menudo que la fórmula en árabe se reduce únicamente a esos dos lacónicos términos, pero es también habitual, como veremos en el ejemplo que expondremos bajo estas líneas, es que quien relata el cuento la prolongue varios segmentos más. Nótese, asimismo, que, a diferencia de la fórmula anterior, los verbos aparecen aquí conjugados en la primera y en la segunda personas del plural:

–Hadjitkum!	–Os he contado.
Madjitkum,	No he venido por vosotros,
u makdebt	y no os miento
âlikoum.	a vosotros[6].

Otras veces la fórmula del contador suele contener un acertijo, del tipo:

–Hadjitkum	–Os he contado.
Madjitkum,	No he venido por vosotros,
u bla bihum	y sin ellos
madjitkum.	no habría llegado hasta vosotros.

La solución al enigma son "los pies", pues sin ellos, evidentemente, los oyentes "no habrían podido acercarse" hasta el narrador.

[5] Véase, por ejemplo, el inicio del cuento *La muchacha disfrazada de varón* (*Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano*), que fue narrado en árabe por A. Z., de ochenta y cuatro años y oriundo de Dellys (valiato de Boumerdès).

[6] Esta fórmula y las tres siguientes fueron enunciadas, en árabe dialectal, por Y. R., de treinta y dos años y originario de Argel.

Esta dialéctica entre el que cuenta y los que escuchan –que viene cifrada en clave de enigmas– tiene por objeto trasladar al auditorio hasta un escenario fantástico y enigmático, que es justamente en el que se desarrollará la narración que se dispone a relatar. Además de constituir por sí mismos "umbrales" lingüísticos que delimitan el dominio de ficción y lo separan del lenguaje cotidiano, algunas fórmulas, como esta que presentamos a continuación, contienen un vocabulario que evoca esa liminaridad entre el universo de la realidad y el de la ficción. En el caso que exponemos a continuación, el término que alude a esa frontera es la "puerta" (ár. *bab*) del cuarto verso:

–Hadjitek.	–Te he contado.
Madjitek.	No he venido por ti.
Hatitek	Te puse
fi bab	frente a la puerta
el djena.	del paraíso.

Y de esta fórmula existe también esta versión un tanto más extensa:

–Hadjitek.	–Te he contado.
Maâdjitek.	No he venido por ti.
Hatitek	Te puse
fi bab	frente a la puerta
el djena	del paraíso
u khalitek.	y me marché.

Como apuntábamos al inicio de este apartado, el abanico de fórmulas tellianas es muy extenso y heterogéneo, demasiado como para

definir aquí unos criterios de clasificación o siquiera unas características comunes. Sí podemos afirmar, sin embargo, que uno de los rasgos más habituales es que muchas de ellas –tanto las bereberes como las árabes– conservan ese lenguaje sugerente que alude a la frontera entre los dos mundos, el de la realidad cotidiana y el de la ficción narrativa. Y esa evocación de lo enigmático y de lo maravilloso del cuento se cifra a menudo en unos términos tan sumamente crípticos y metafóricos como los que aparecen en esta estrofa enunciada en lengua bereber:

–Macahu!	–¡*Macahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Win idyenan "ahu"	–Dicen que tu "*ahu*"
adyef l'hu.	encontrará el bien.
Adyali	[Tu "*ahu*"] subirá
tacedjrets lahlu	a un árbol azucarado[7].

Los dos términos, *macahu* (en ocasiones pronunciado *amacahu*) y *ahu*[8] –ambos de significado ignoto–, anuncian ya lo irreal del escenario que el narrador se dispone a desplegar; por lo que tienen, en definitiva, una función similar al *hadjitek* / *mâdjitek* de las estrofas árabes. Y en las fórmulas de la región bereber de la Cabilia, además, es habitual que los dos términos aparezcan combinados con alguna rogativa a

[7] Fórmula, enunciada en bereber, por F. B., de sesenta y tres años y originaria de Makouda (valiato de la Gran Cabilia).

[8] Estos términos cabileños dan inicio, por ejemplo, al cuento que hemos titulado *La princesa muda y la muñeca de madera* (incluido en el *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano*), contado por H. H., de treinta años y oriunda de Sidi Aiche (valiato de la Pequeña Cabilia).

Dios, con el objetivo de que la narración sea hermosa y se prolongue durante mucho tiempo. He aquí un caso ilustrativo:

–Macahu!	–¡*Macahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Rabbi atsyeselhu,	–¡Que Dios lo embellezca[9]
atsisirzif	y que lo alargue
am usaru!	como un cinturón![10]

Este curioso y poético símil entre el cuento y del cinturón constituye un punto de encuentro de numerosas fórmulas bereberes[11]. En esta otra, en concreto, no ha quedado rastro de la invocación, pero sí se menciona la longitud del cinturón:

Tamacahu	¡Que el cuento
atslhu!	sea maravilloso!
Atsdfer	¡Que se trence
am usaru!	como un cinturón!
Wi syeslan	¡Quien lo escuche
adyecfu!	lo recordará![12]

[9] Como indicábamos unas líneas antes, lo que la narradora desea que "sea embellecido" es su cuento.

[10] Fórmula de B. K., de sesenta y cuatro años y originaria de Makouda.

[11] Véanse, por ejemplo, los íncipits de los cuentos *Lila y la tseriel del bosque* o *La brecha del león (2): el leñador ingrato* publicados en Óscar Abenójar (coord.), Nasrine Benabbes, Nadia Boumbar, Khaled Kalache, Nazim Oukaci y Guenouna Safia (trads.), *Los chacales al bosque y nosotros al camino: literatura oral y folclore de Argelia* (Alcalá de Henares-México D.F.: El Jardín de la Voz: Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular, 2010) pp. 76 y 98 respectivamente.

[12] Fórmula registrada a Dj. B., de cuarenta y cuatro años y oriunda de Beni Douala (valiato de la Gran Cabilia).

Y en la que presentamos a renglón seguido se pronostica que será la propia narración, personificada, la que se tejerá, a ella misma, como si fuera un cinturón:

Tamâytiw	Mi cuento
atsdfer	se tejerá
am usaru.	como un cinturón[13].

Resulta muy habitual, asimismo, que el acto de narrar un cuento sea comparado al lento y constante fluir del agua, especialmente a la de los ríos y manantiales. Como ejemplo representativo servirán los versos que aquí abajo se exponen, en los cuales se vincula magistralmente la acción de narrar con esa agua que fluye:

Tamacahitiw	Mi cuento,
iɣzer, iɣzer;	río, río;
adyaɣli…	se cae…
Aɣârdjun ntsmar	Una dieta de dátiles
anec akken	nos comemos
neh dar.	los aquí presentes[14].

Y en los que presentamos a continuación se combinan los motivos de la longitud del cinturón y el agua:

–Macahu!	–¡*Machahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Tamacahut inu	–Que mi cuento

[13] Fórmula del repertorio de F.-Z. M., de setenta y seis años y originaria de Attouche (valiato de la Gran Cabilia).

[14] Fórmula en lengua bereber que suele emplear la informante Dj. B., de cuarenta y cuatro años y originaria de Beni Douala, para dar comienzo a sus narraciones.

atslhu	sea maravilloso
atsurzif	y que se alargue
am usaru.	como un cinturón.
Atsad amad	¡Que llegue hasta
tala Bouzrou!	la fuente de Bouzrou[15]!

Al iniciar su relato, el narrador es consciente de que está abriendo las puertas al espacio de una ficción en la que moran los seres monstruosos, terroríficos y peligrosos que podrían llegar a perturbar el mundo de los vivos. Por eso, a menudo, en los versos de las fórmulas incoativas bereberes aparecen incrustados algunos conjuros de carácter apotropaico cuya finalidad es alejar a las fuerzas malignas e impedir que transiten por el puente que el contador tiende entre lo cotidiano y lo sobrenatural. Y buen ejemplo de ello es la fórmula que presentamos a continuación:

–Macahu!	–¡*Macahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Win idyenan "ahu"	–¡Quien diga "*ahu*"
adyelhu!	se sentirá bien![16]

Tras escuchar estos versos el auditorio es consciente de que en los minutos que siguen ya no habrá posibilidad de regresar a la realidad cotidiana. Los oyentes –ya amparados por los poderes taumatúrgicos la fórmula– quedarán sumergidos en un universo de fantasía poblado

[15] Fórmula bereber usada por F. M., de cuarenta y un años y originaria de Attouche.

[16] Fórmula utilizada por Y. B., de ochenta y cinco años, oriunda de Tighzirt (valiato de la Gran Cabilia).

por monstruos, ogresas, serpientes, hidras y fieras salvajes hasta que al final de la narración sean ahuyentados los personajes ficción, se cierre la ventana del mundo del ensueño y el contador devuelva al auditorio a la realidad mediante una fórmula final.

Por muy exótico que pueda parecer este protocolo de la narración tradicional bereber, la verdad es que conjuraciones de los malos espíritus no son exclusivas de las fórmulas del norte de África. Se trata de recursos mucho más cercanos y familiares de lo que podría parecernos a simple vista. De hecho, construcciones similares para proteger a los oyentes fueron también muy habituales en la España del Siglo de Oro. Maxime Chevalier[17] las documentó en buen número en textos de algunos célebres autores del siglo áureo, entre ellos Cervantes, Lope de Vega, Alonso de Ledesma, Alonso Fernández de Avellaneda, Quevedo, Rodrigo Caro o Correas. De todas esas fórmulas para expulsar la malaventura que deambulan por la literatura culta hispánica de los siglos XVI y XVII, pondremos, únicamente como botón de muestra, aquel *Érase que se era; el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar* que Sancho empleaba para comenzar su digresión sobre los pastores Lope Ruiz y Torralba (*El Quijote* I, 20).

Pero no hará falta remontarse hasta tiempos tan pretéritos para encontrar ejemplos de este tipo, porque estrofas como las de los cuentos del

[17] Véase Maxime Chevalier, "Fórmulas de los cuentos tradicionales en los textos del siglo de oro", en *Nueva revista de filología hispánica*, 40 (1992) pp. 332-342.

Tell han sido documentadas, asimismo, en muchos cuentos españoles que datan de fechas relativamente recientes, como atestigua esta que anotó Juan Amades en 1950:

> Érase que se era;
> el mal que se vaya
> y el bien que se venga,
> el mal para los moros
> y el bien para nosotros[18].

O esta otra catalana, publicada por él en el mismo estudio:

> *Aixo era i no era.*
> *El mal que se'n vagi*
> *i el bé que s'e'n vingui;*
> *pel qui sigui bo*
> *bona sort que tingui*
> *i pel que sigui dolent*
> *les penes de l'infern*[19].

Antes de cerrar el capítulo, conviene que regresemos al repertorio bereber para añadir algunas notas más acerca de la naturaleza y del contenido de las fórmulas de los cuentos del Tell. Como decíamos en páginas precedentes, los versos inaugurales abren las puertas de la ficción narrativa, y desde ese momento el auditorio, ya al amparo de la fórmula protectora, ingresa en el universo de lo maravilloso, que en ocasiones se

[18] Véase Juan Amades, "Comentarios de novelística popular", en *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 6/1 (1950) pp. 65-77 (p. 66).

[19] Juan Amades, "Comentarios de novelística popular", p. 69.

trata de un territorio peligroso habitado por bestias y monstruos salvajes. Y entre todas las criaturas que amenazan en la ficción de las montañas del Atlas, los chacales –tal vez por ser unos de los más temidos– son los animales más mencionados.

Versos incoativos, como estos que aquí presentamos en lengua bereber, pretenden alejar a los chacales de ese "camino" que es la narración, antes de dar comienzo al cuento:

–Macahu!	–¡*Macahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Uccen	–¡El chacal
ahrik, ahrik,	al fuego, al fuego,
neknu	y nosotros
abrid, abrid!	al camino, al camino![20]

Por ser tan breves y por estar tan bien trabados poéticamente mediante metáforas, repeticiones, paralelismos y rimas, estos versos confieren un ritmo velocísimo; de modo que el lirismo, la cadencia acelerada y el vocabulario misterioso, liminar, de resonancias evocadoras y de significado enigmático suscitan la fascinación en el oyente. Y en ocasiones el significado de estos versos es tan incongruente que la fórmula resulta del todo ininteligible. Este es el caso, por ejemplo, de esta que aparece al inicio del cuento que hemos titulado *El hijo garbanzo* y que hemos incluido en el *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano*:

[20] Fórmula que registramos a Dj. B., de cuarenta y cuatro años y originaria de Beni Douala.

–Amacahu!	–¡*Amacahu*!
–Ahu!	–¡*Ahu*!
–Win idinen "ahu"	–Quien dice "*ahu*"
adiyitsu.	me olvidará[21].

Según la tradición magrebí, si el cuento no es rematado adecuadamente mediante una estrofa de este tipo, se corre el riesgo de que los seres que han deambulado por él invadan el terreno de la realidad. Por eso, muchos narradores clausuran sus relatos con fórmulas de cierre que pueden parecernos muy contundentes, y una de las más habituales es un frugal y rotundo "mi cuento se ha acabado"[22] (en bereber cabileño *Tamacahutiw tekfa*), que sella abrupta y definitivamente el dominio de la ficción fantástica y monstruosa y devuelve al auditorio a la realidad.

Otros contadores, sin embargo, prefieren "acotar" y "fijar" metafóricamente el cuento, de un extremo al otro y de principio a fin, en el espacio de la magia y de la fantasía, con fórmulas del tipo:

Tamacahutiw	Mi cuento va
erif, erif.	de un lado a otro.
Anwa sisyan	Quien lo escucha
adikfu felas l hif	ya no sufrirá más[23].

[21] Se trata de una fórmula en lengua bereber. La narración nos fue relatada por K. H., de veinticuatro años, quien es oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia).

[22] Este verso conclusivo es muy habitual en toda la Cabilia. Forma parte del repertorio de, por ejemplo, F. S., de setenta años y oriunda de Tadmait (valiato de la Gran Cabilia) y de O. L., de setenta y un años y oriunda de Laârba Nat Wassif (valiato de la Gran Cabilia).

[23] Fórmula bereber utilizada por N. H., de cincuenta y cinco años y oriunda de Beni Douala.

En los versos finales también son frecuentes las metáforas alusivas al río, como esta que presentamos aquí abajo:

Tamacahutiw	Mi cuento es
el wad, el wad.	un río, un río.
Ahkirtsid	Se lo he contado
iledjwed.	a los nobles[24].

Halagos dirigidos a los oyentes, como este "se lo he contado a los nobles", son habituales en las fórmulas de cierre bereberes. La que presentamos bajo estas líneas, en concreto, es una variante de la anterior:

Tamacahutiw tekfa.	Mi cuento ha terminado.
Hkirts	¡Se lo he contado
iufhimen!	a los listos!
Tamacahut,	El cuento,
el wad, el wad	río, río,
hakieghtid,	¡os lo he contado
ildjwed!	a vosotros, los nobles![25]

Aún podríamos extendernos más, mucho más, en analizar en detalle las fórmulas que inauguran y cierran los relatos de estos cuentos del Tell o para poner de relieve otras de sus excelencias

[24] Fórmula bereber que nos transmitió Dj. B., de cuarenta y cuatro años y originaria de Beni Douala.

[25] La informante K. H., de veinticuatro años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia), fue quien enunció estos versos para clausurar dos de los cuentos que hemos incluido en el *Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano*: *El hijo garbanzo* y *La hermosa hijastra y los siete cazadores*. Aprendió la fórmula de su tía, quien también es residente en Bugía.

literarias. Sin embargo, el tiempo acucia ya, y conviene que estimemos por nosotros mismos la belleza y la calidad etnográfica de estas joyas llegadas desde las montañas del norte de África.

Pero antes de dar paso a la lectura de estos tesoros de cuentos del Atlas telliano quiero dedicar unas palabras de agradecimiento a todos aquellos investigadores y amigos que me han prestado su amabilísima ayuda y que han puesto a mi disposición su experiencia y sus conocimientos en la materia para llevar a cabo esta empresa. Mi gratitud ha de ir dirigida, en primer lugar, al profesor José Manuel Pedrosa por haber realizado una revisión exhaustiva del documento, por haberme dado sus magistrales consejos y por haber permitido que estos tesoros del Tell vieran la luz en Mitáforas. A José Luis Garrosa le agradezco sus muy provechosas indicaciones y su asesoramiento a la hora de clasificar los cuentos. Mi agradecimiento ha de ir dirigido asimismo al egregio maestro y gran amigo Youssef Nacib por sus sugerencias de orden lingüístico y por sus muy pertinentes consejos filológicos. A Fatima-Zohra Menas he de darle las gracias por su infatigable enseñanza del bereber, que es su lengua materna. A Kahina Madjaoui, debo agradecerle sus agudísimas observaciones relativas a las fórmulas de los cuentos. Y, por supuesto, también he de dar las gracias a mis queridos informantes por haberme ayudado desinteresadamente en las labores de sondeo etnográfico, por haberme atendido con tanto cariño y por haberme abierto las puertas a su excelsa tradición oral.

Criterios de edición

Apuntábamos ya al inicio de este prólogo que la cartografía lingüística del norte de Argelia resulta muy rica y compleja; y precisamente, los cuentos que aquí se publican son fiel reflejo de esa extraordinaria polifonía de lenguas, de dialectos y de hablas. De hecho, la mayoría de ellos fue relatada en variedades mestizas; tanto en un árabe dialectal (a menudo con mucho influjo léxico del francés) como en bereber, casi siempre empapado de términos árabes y también franceses. Por ello, cuando el lector se acerque a los cuentos de esta antología, convendría que tuviera muy presente que no todos los textos fueron narrados en la misma variedad lingüística y que, al verterlos todos al crisol uniformador del español normativo, se perdió buena parte de la toda esa polifonía de lenguas, de timbres y de acentos que caracterizaba a los originales y que les confería una expresividad extraordinaria.

Fue preciso obrar, por tanto, con sumo escrúpulo a la hora de traducir los textos que conforman esta antología para que los textos en español no perdieran del todo la frescura de los originales. En algunos casos concretos no fue posible transmitir algunos matices expresivos que resultaban de singular importancia. Este fue el caso, por ejemplo, de las cancioncillas que aparecen en algunos cuentos de estos tesoros, porque en las grabaciones originales estas coplillas fueron entonadas con unas inflexiones

de la voz y con unas melodías que, evidentemente, no han podido quedar reflejadas al volcar los textos al papel. Al traducir al español estos fragmentos, se corría el riesgo de perder toda la riqueza poética que los empapaba. Por ello, con el fin de que al menos quedara constancia de las rimas, de las aliteraciones, de los paralelismos y de los demás recursos fonéticos que caracterizan los versos de estas coplillas, se han incluido unas transcripciones a pie de página en la lengua originaria, el bereber o el árabe; y para tal propósito se han tomado las decisiones lingüísticas que se detallan a continuación.

Para transcribir los fragmentos en lengua bereber, se ha recurrido al sistema de transliteración –ligeramente simplificado– que utilizó el afamado lingüista y etnógrafo argelino Mouloud Mammeri[26]. Una de las ventajas del alfabeto de Mammeri es que, en general, los signos que emplea se asemejan en buena medida a los fonemas de la lengua española. Con todo, la fonética de las lenguas bereberes es mucho más vasta y compleja que la hispánica, y muchos sonidos rebasan nuestro limitado sistema fonético. Para hacerse una idea aproximada de la pronunciación de las transcripciones, habrán de tenerse en consideración, al menos, las siguientes pautas: el sonido equivalente al fonema vocálico /ʕ/, que también existe en árabe (representado por la grafía ع), ha quedado transcrito como *â*; la grafía *c*, en bereber, designa un sonido inexistente

[26] En concreto, se han tomado como referencia las pautas de su obra *Tajeṛṛumt n tmaẓiɣt: tantala taqbaylit* [*Gramática del bereber: dialecto cabileño*] (Argel: Bouchène, 1990).

en español, que equivale al [*ch*] del francés o al [*sh*] del inglés; la velar fricativa española [*j*] ha sido transcrita /x/; y al inicio de palabra, la [*t*] del bereber se pronuncia como la fricativa dental sorda /θ/, que en español corresponde a la consonante [*c*] cuando va seguida de las vocales *e* o *i*.

Pero más delicada, si cabe, fue la transcripción de los fragmentos en árabe dialectal, pues hoy por hoy esta variedad todavía se encuentra muy lejos de ser normalizada. En estos casos, se tomó como base el alfabeto latino, y a partir de él se efectuaron ligeras modificaciones. En concreto, las rectificaciones que hemos efectuado consisten en utilizar las grafías *â*, *dh*, *ch*, *kh, gh* y *dj* y *q* para los sonidos que en el alifato se representan con las letras ع, ظ, ش, خ, ج, غ y ق respectivamente.

En lo que concierne a los títulos de los cuentos, como norma general, hemos tratado de condensar en un enunciado muy simple todo el argumento de la narración. Esto no ha planteado ningún problema en los cuentos breves, del tipo *El chacal en la trampa* o *El chacal y el erizo cultivan un campo*. Ahora bien, no siempre ha sido posible resumir los argumentos de los textos en unos epígrafes tan breves, porque algunos relatos son muy extensos y exceden con mucho la capacidad de síntesis en una breve rúbrica. En estos casos, en los títulos de las narraciones, se han mencionado únicamente sus protagonistas como muestra representativa de su contenido. Así hemos procedido, por ejemplo, con *El león, el*

chacal y el mulo, *La mujer y el djinn* o *El príncipe y la hija del ogro*.

Por otro lado, hemos querido dejar constancia de varios datos de recogida que aportan una información etnográfica significativa; y, para ello, al final de cada narración hemos incluido unas etiquetas en las cuales se detallan las iniciales del nombre y del apellido, la edad y la procedencia de cada informante. En estos espacios reservados a los datos etnográficos hemos especificado, asimismo, la lengua en que fueron narrados los cuentos y la fecha en que fueron documentados.

Bajo los títulos de la mayoría de los textos se han añadido sus referencias según las clasificaciones internacionales. Las siglas "ATU" remiten al catálogo universal de Hans-Jörg Uther *The Types of International Folktales: a Classification and Bibliography. Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*[27]. El rótulo "El-Shamy" corresponde, en cambio, a la indexación del cuento en la obra de Hasan M. El-Shamy *Types of the Folktale in the Arab World*[28]. Ahora bien, no todas las narraciones del Tell tienen un correlato en estos índices internacionales; y en estos casos, evidentemente, no se ha incluido ninguna referencia a estas clasificaciones. Otras, sin embargo, contienen varios tipos cuentísticos, y a menudo no todos aparecen registrados en las

[27] Hans-Jorg Uther, *The Types of International Folktales: a Classification and Bibliography. Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004).

[28] Hasan M. El-Shamy, *Types of the Folktale in the Arab World: a Demographically Oriented Tale-Type Index* (Bloomington: Universidad de Indiana, 2004).

obras de Uther o de El-Shamy. En estos cuentos, el índice remite únicamente al fragmento que sí aparece catalogado, no al texto completo.

Antología de cuentos

Cuentos de animales

El chacal y el erizo cultivan un campo

(ATU 9 + ATU 80A*)

Un día el chacal fue a visitar al erizo. Fue a preguntarle su opinión sobre un asunto que le tenía muy preocupado. Le dijo que quería cambiar de costumbres, que de una vez por todas le gustaría ponerse a trabajar y dejar de robar a los demás para conseguir alimento.

Al escuchar aquello, el erizo, que era agricultor, se puso muy contento y le propuso que empezara a trabajar con él. El chacal aceptó, y los dos se pusieron de acuerdo para cultivar juntos.

La primera siembra fue de patatas. El chacal, que no sabía casi nada de las tareas del campo, al ver lo bonitas que eran las hojas de las plantas, quiso quedarse él con la mejor parte, y le dijo al erizo:

–Bueno, pues ahora vamos a repartir: yo me quedo con lo que salga por encima de la tierra y tu quédate con lo que se quede por debajo.

El erizo aceptó, y cuando llegó el momento de la cosecha, el erizo se quedó con todo lo bueno y provechoso, porque las hojas de la patata que había cogido el chacal no tenían ningún valor.

Cuando llegó el momento de la segunda siembra, los dos socios decidieron cultivar habas. Pero aquella vez el chacal le puso la condición de

que él se quedaría con lo que hubiera bajo la tierra, y que el erizo se llevaría lo que quedara por encima.

Entonces se pusieron a recoger las habas. El chacal recogió las raíces, y el erizo se llevó la parte de arriba, que es la que tiene valor.

Al cabo de unas semanas decidieron plantar trigo. Araron la tierra, sembraron, regaron y esperaron que salieran las plantas. Cuando llegó el momento de la cosecha, antes de empezar a repartir, el chacal le dijo al erizo:

–¡Esta vez no me engañarás como antes! Nos repartiremos la cosecha en función de nuestras edades.

Y el erizo respondió:

–De acuerdo. En ese caso, ¡que se lleve la cosecha el que sea el mayor de los dos!

Pero el chacal le dijo:

–¡No, que el mayor siempre se queda con todo! Esta vez será el más joven el que se quede con la mejor parte. ¡El mayor no se llevará nada!

El erizo aceptó y le dijo al chacal:

–De acuerdo, ¿tú cuándo naciste?

Y el chacal le dijo:

–¡He nacido hoy!

Entonces el erizo se enroscó hasta quedar convertido en una bola y empezó a dar gritos como los de un recién nacido. Después pegó un salto y le dijo al chacal:

–¡Atención, cógeme, que voy a nacer!

Y al final el erizo le dio un consejo al chacal:

–La astucia siempre vence a la maldad[29].

[Informante: R. H., de treinta y dos años y originaria de Tizi Ouzou (valiato de la Gran Cabilia). Se lo contó su tío, también oriundo de Tizi Ouzou. Registrado el 2/2/2013. Versión traducida del cabileño]

[29] Se trata de un conocido proverbio cabileño (*Al niya tughar ti hila*).

El chacal en la trampa

(ATU 35B*)

En el bosque había dos clanes: el del chacal y sus consejeros, y el del erizo y sus consejeros. No se conocían entre ellos. Y los consejeros del chacal le decían siempre a su jefe:

–Hay un erizo que es capaz de vencerte. Ten cuidado, que te puede atrapar, porque él es el más inteligente que tú.

Y el chacal les respondía:

–Pero ¿quién es ese erizo? Yo no lo conozco.

Así que decidió organizar una cena e invitar a todos los animales. Entonces les dijo a sus consejeros:

–En cuanto veáis que llega el erizo, me lo decís. Me enseñáis quién es.

Los animales empezaron a llegar. Fueron entrando y entrando hasta que apareció el erizo. En aquel momento uno de sus consejeros le dijo:

–¡Mira, ahí lo tienes! ¡Es él!

Y al ver el tamaño de su enemigo, el chacal le respondió:

–Pero ese no puede hacerme nada. ¡Si hasta podría comérmelo ahora mismo!

Y los consejeros del erizo le dijeron a su jefe:

–¡Ese es el chacal! Ahí tienes al chacal.

A continuación todos se pusieron a comer, y al final el chacal se fue a ver al erizo y le dijo:

–Conque ¿eres tú el erizo?

Y el erizo respondió:

–Sí, soy yo. Y ¿tú quién eres?

El chacal dijo:

–Yo soy el chacal.

Y añadió:

–Todo el mundo dice que tú eres el más inteligente y el más astuto del bosque. Pero no sabemos cuál de los dos es el más listo, si tú o yo.

Y siguió diciendo:

–Ven, que vamos a dar una vuelta para conocernos mejor. Así a lo mejor en el futuro nos llevaremos bien.

Se marcharon. Pero como el chacal no pudo resistir a su naturaleza, vio comida y quiso cogerla.

En aquel instante el erizo le dijo:

–¡Atención, que es una trampa! No se te ocurra saltar encima.

El chacal le dijo:

–¡Sigamos caminando!

Al cabo de un rato le dijo:

–Ya basta por esta noche. Ya nos conocemos un poco mejor. Si quieres, volvemos a vernos mañana.

Entonces el erizo le preguntó:

–Y ¿se puede saber adónde vas a ir ahora?

El chacal respondió:

–Voy a volver a mi casa.

Aunque él tenía la intención de recoger la carne que había visto por el camino.

El erizo no se alejó demasiado. Cuando el chacal llegó al pedazo de carne pegó un salto y quiso atraparla. Al momento la trampa se cerró y lo dejó atrapado.

A continuación el erizo fue a verlo y le preguntó:

–Dime, chacal, ¿te duele?

Y el otro respondió:

–¡Ay, erizo! ¡Sí que me duele!

Y el erizo le dijo:

–Pues eso no es nada. ¡Ya verás cuando el hombre venga a buscarte!

[Informante: A. Ou., de sesenta y tres años y oriundo de Tirmitine (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 30/09/2013. Versión traducida del cabileño]

El chacal cuida las ovejas

(ATU 37)

En cierta ocasión le dijeron al chacal:

–Oye, chacal, que ahora te toca a ti llevar a pastar las cabras.

Al oír aquello el chacal se echó a llorar. Entonces los demás animales le dijeron:

–¡Chacal! ¿Se puede saber por qué lloras?

Les respondió:

–Lloro porque tengo miedo de que sea verdad que me toca a mí llevar a pastar las cabras.

Y le dijeron:

–¡Pues así es! ¡Te toca a ti llevarlas a pastar!

Y el chacal les dijo llorando:

–¡No! ¡Yo no puedo sacar a pastar el rebaño!

Y volvieron a preguntarle:

–¿Por qué lloras?

–¡Me da miedo que tenga que hacer eso de verdad!

Porque él sabía que no podría contenerse y que al final terminaría comiéndoselas a todas.

Así que el chacal no aceptó sacar las cabras a pastar. Pensó: "Como yo soy chacal, pues me las voy a comer. Si me como todas esas cabras, ¡voy a ser el hazmerreír de todo el mundo!".

[Informante: N. H., de cincuenta y cinco años y oriunda de Beni Douala (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 12/10/2013. Versión traducida del cabileño]

El chacal y el erizo en el silo

(ATU 41 + ATU 105*)

En cierta ocasión el erizo y el chacal se hicieron amigos.

Y un día iban caminando juntos y entonces el erizo le dijo al chacal:

–¿Cuántas mañas tienes tú?

Y dijo el otro:

–Pues yo tengo cien mañas y la mitad de otra.

Y le preguntó el chacal:

–¿Y tú? ¿Cuántas mañas tienes?

–Yo solo tengo media.

Luego cambiaron de conversación y empezaron a caminar. Caminaron, caminaron y caminaron hasta llegar a un *duar*[30] ya de madrugada. Entraron allí y encontraron un silo. El chacal y el erizo se metieron por una pequeña abertura y empezaron a comer trigo hasta que se quedaron con las barrigas bien llenas.

Cuando ya habían comido suficiente y estaban preparados para salir, el erizo le dijo al chacal:

–Por favor, agáchate, que yo voy a trepar por tu cuerpo hasta la cabeza y así podré salir de aquí.

[30] *Duar*, término árabe utilizado en el norte de África para designar una pequeña localidad cuyos habitantes están ligados por un lazo de consanguinidad. Hasta hace apenas unas décadas, en cada *duar* residía un único clan, y todos sus miembros compartían el mismo antepasado varón.

El chacal se agachó. El erizo subió por su lomo y continuó hasta la cabeza del chacal. Después pegó un salto y salió del silo.

Pero su amigo el chacal no fue capaz de trepar por la pared. Y al ver que se había quedado encerrado en el silo, el erizo le dijo:

–¡Tú arréglatelas como puedas! Yo, que solo tengo la mitad de una maña, he conseguido salvarme. Y tú, que tienes cien mañas, ¡ni siquiera eres capaz de salir del silo!

[Informante: I. A., de veintitrés años y oriunda de Médéa (valiato de Médéa). Se lo contó su abuela, originaria de la misma ciudad. Registrado el 14/1/2013. Versión traducida del árabe]

El león, el chacal y el mulo

(ATU 47B)

Una vez el león y el chacal querían mofarse del mulo, y se les ocurrió burlarse de su familia. Así que fueron a preguntarle:

–¿Quién es tu padre?

–Mi tío es el caballo –respondió.

Y es que al mulo le daba vergüenza decir que su padre era un burro.

Y por mucho que insistieron el león y el chacal, no le sacaron otra respuesta. El mulo siempre repetía: "Mi tío es el caballo".

Hasta que al final un día el león le dijo:

–¡Tráeme una prueba de tu linaje por parte de tu padre!

Y el león le dio un plazo para que le demostrara que su padre era noble. Si no volvía con la prueba, se lo comería.

Entonces el mulo salió enseguida a buscarse un ancestro noble.

Se puso a caminar y estuvo caminando, caminando y caminando hasta que se encontró con el perro. Le preguntó si podía darle alguna información sobre su familia. Pero el perro le respondió que nunca había conocido a su padre.

Y el pobre mulo continuó su camino. Estuvo caminando, caminando y caminando hasta que se encontró con el erizo. Le hizo la misma pregunta que al perro.

Y el erizo le contestó:

–Me acuerdo de que un día mi padre me dijo que nunca había conocido al tuyo.

Y el pobre mulo continuó su camino aún más triste que antes.

Al cabo de un rato se cruzó con un sabio. Le hizo la misma pregunta, y el sabio le respondió:

–Yo me acuerdo muy bien de tu padre. Me acuerdo de él tan bien como del número de tu partida de nacimiento.

A continuación el viejo sabio le hizo una herradura al mulo. Después inscribió en ella un número y la clavó a uno de los cascos del mulo. En cuanto hubo terminado le dijo:

–Cuando el león te diga: "Enséñame la prueba de que procedes de una familia noble", tú respóndele: "La prueba la llevo escrita en el casco". Y cuando se agache para ver la inscripción, tú suéltale una coz con todas tus fuerzas.

Al mulo le pareció muy buena aquella idea del sabio. Regresó a ver al chacal y al león y les dijo:

–¡Por fin he conseguido la prueba de que soy de familia noble!

El león le pidió al chacal que fuera a leer la inscripción. Pero el chacal, que sospechaba que algo raro había en todo aquello, le dijo al león:

–Escucha, tú puedes leer. Yo no. Sabes que he perdido mucha vista. Por eso te pido que te acerques a leerlo tú en mi lugar.

El león le pidió al burro que levantara la pata para leer lo que llevaba escrito bajo el casco. El mulo levantó la pata, y el león se acercó a leer.

En cuanto se agachó, el mulo le soltó una coz en la frente con tanta fuerza que el león cayó muerto fulminado.

Y desde aquel día nadie más se ha atrevido a poner en cuestión la ascendencia del mulo.

[Informante: R. B., de veinticuatro años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su padre, que también es originario de Bugía. Recogido el 3/12/2012. Versión traducida del árabe]

El chacal maestro

(ATU 56B)

Había una vez una gallina que tenía catorce pollitos. Un día el chacal le propuso encargarse él mismo de darles clase en la escuela.

Pero ella le dijo:

–¡Ay, señor chacal! Pero ¿cómo voy a dejarte a mis hijos para que tú les enseñes?

Y el chacal le dijo:

–Tú no tengas miedo, que yo me quedaré aquí. Yo les voy a enseñar. ¡Tú vete tranquila!

Al cabo de una semana la gallina se fue a ver al chacal para preguntarle por sus hijos. Le dijo al chacal:

–¡Señor, chacal! ¿Qué están haciendo mis hijos? ¿Están estudiando mucho?

Y él le respondió:

–¡Ah, sí! Están trabajando de lo lindo. Están aprendiendo mucho. Y yo los estoy cuidando muy bien.

Y ella le respondió:

–De acuerdo, pero los echo de menos. Tengo ganas de verlos.

Y él le dijo:

–No hay problema. Pero esta semana no. Vuelve la semana que viene.

Así que la gallina fue a visitar a sus hijos y tuvo que marcharse sin poder verlos. Fue a visitarlos y no pudo verlos.

Hasta que al final la gallina le dijo:

–¡Ya está bien! ¡Tengo ganas de ver a mis hijos! Los echo de menos.

Pero el chacal ya se los había comido el primer día. Solo le prestaba atención a su barriga y no le importaba nada más.

Así que se le ocurrió meter abejas en la clase y después fue a decirle a la gallina:

–¡Escucha! Tus hijos están repitiendo de memoria la clase de hoy… ¡Mira qué aplicados son!

–¡Ay, pues es verdad! Tenías razón. ¡Qué contenta estoy! Ahora ya me quedo más tranquila.

Y se marchó sin más. Pero no tardó en regresar, porque pensaba: "Los echo de menos; los echo de menos". Y una vez tras otra el chacal conseguía convencerla de lo mismo, y la gallina se volvía a marchar.

Hasta que un día por fin la invitó a ver a sus hijos.

Ella se metió en la clase y vio que se los había comido. Al momento el chacal se la comió a ella también, y después se puso a cantar:

–¡Turululuru!
¡Me he comido a sus catorce polluelos,
y con su madre hacen quince![31]

No hay que fiarse nunca del chacal.

[Informante: F. M., de cuarenta años y oriunda de Attouche (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 8/10/1013. Versión traducida del cabileño]

[31] En cab.: *Turululuru! / Waqila rbatac, / s yemestet xemestac!*

El chacal y el niño que lloraba

(ATU 75*)

Érase una vez una mujer que tenía un hijo que no paraba de llorar. Lloraba y lloraba sin parar...

El chacal, que estaba en la huerta, escuchó que la madre estaba amenazando al muchacho. Le decía que si no se callaba, terminaría dejándolo solo en la huerta para que se lo comiera el chacal.

Así que él se quedó allí esperando y esperando a que la madre se lo echara. Pero la madre siguió meciendo al pequeño hasta que terminó callándose. Y al final acabó durmiéndose…

Pero el chacal siguió esperando y esperando a que le echara a su hijo, hasta que terminó desesperándose y dijo:

–¡En esta casa solo hay farsantes!

Y se marchó de allí refunfuñando:

–¡En esta casa solo hablan por hablar!

[Informante: A. K. de setenta y seis años y oriundo de Aït Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 23/11/2013. Versión traducida del cabileño]

Los tres bueyes

(ATU 119B*)

Había una vez tres bueyes que eran hermanos y que vivían en un bosque. Uno era blanco, otro negro y el otro rojo. Los tres se llevaban muy bien y se pasaban todo el día paciendo juntos.

En aquel bosque también vivían un león, un tigre y un chacal, que estaban esperando la ocasión en que los bueyes se separaran para acercarse a uno de ellos y comérselo. Ya habían intentado atacarlos en varias ocasiones, pero, cada vez que el león, el tigre o el chacal se acercaban un poco y se preparaban para la caza, los tres bueyes se reunían en círculo, con los cuernos hacia afuera; y entonces la fiera tenía que renunciar a comérselo.

Un día el león se puso a acecharlos, escondido detrás de unos arbustos. Y en cuanto vio que el buey rojo se alejaba de sus hermanos, se acercó a los otros dos, al blanco y al negro, y les dijo:

–Vosotros sois unos animales maravillosos, no como el buey rojo. Tenéis que saber que, por culpa de vuestro hermano rojo, os pueden ver todos los animales del bosque, porque él tiene un color muy vistoso. Así que, si queréis seguir con vida, más os valdría que os alejarais de él.

Los dos bueyes hicieron lo que les había sugerido el león. Se separaron del buey rojo y cambiaron de pastos.

A la mañana siguiente el león se acercó al buey rojo, que lo habían dejado solo. El león no perdió la oportunidad; se abalanzó sobre él y se lo comió.

Al cabo de unos días le entraron ganas de comerse al blanco y al negro. Así que volvió a acercarse a ellos, y cuando vio que los dos hermanos se separaban un momento, se acercó a hablar con el negro.

Le dijo:

–Supongo que tú ya sabrás que el buey blanco te está poniendo en peligro de muerte. ¿Te habrás dado cuenta de que tiene un color muy vistoso, verdad? Todo el mundo puede veros desde lejos. Cualquier fiera que se lo propusiera podría atacaros sin dificultad. En cambio, si estuvieras tú solo, todo sería diferente. Estarías mucho más seguro, porque nadie podría verte. Tu color pasa completamente desapercibido entre la maleza.

El buey negro le hizo caso y abandonó a su hermano. Aquella misma noche el león se acercó al buey blanco. Se lanzó sobre él y se lo comió.

Desde aquel momento el buey negro se quedó solo. Sus hermanos ya no podían protegerlo… Así que al día siguiente el león, acompañado de sus dos amigos, el tigre y el chacal, se acercó a él y entre los tres se lo comieron.

Los tres bueyes acabaron muriendo, porque cada uno de ellos había hecho caso de los falsos consejos de las fieras y había dejado solo a su compañero.

[Informante: D. H., de veinticuatro años y oriunda de Tizi Ouzou (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 7/9/2015. Versión traducida del cabileño]

El chacal y la oveja astuta

(ATU 122C)

En la época en que los animales hablaban había una vez un chacal que se había encontrado con un rebaño de ovejas. El pastor andaba lejos. Había abandonado a su rebaño para ir a buscar una oveja que se le había extraviado.

Cuando se dio cuenta de que la ovejita estaba sola, junto a un árbol, se acercó a ella y le dijo:

–¡Hoy voy a ponerme las botas! ¡Qué buena pinta tienes! Pareces tierna... Pero ¿qué haces por aquí tú sola?

Y la oveja le dijo:

–Señor chacal, el pastor me ha dejado aquí para que tú me comas. Pero me ha dicho que antes tengo que cantarte una canción.

–De acuerdo –dijo el chacal–. Pues ¡canta!

Al instante la oveja comenzó a cantar muy fuerte. Y no paró de cantar hasta que el pastor acabó oyéndola. Luego el hombre apareció por allí, con una piedra enorme en las manos. Se la tiró al chacal, le dio en la cabeza y lo mató.

[Informante: S. H., de cuarenta años y originaria de Argel (valiato de Argel). Registrado el 13/3/2011. Versión traducida del árabe]

El chacal se casa

En cierta ocasión al chacal no le quedaba comida, así que decidió salir a buscarla. Y ¿qué fue lo que hizo? Pues invitó a todos los animales del bosque y les dijo que iba a celebrar su boda. Pero, bueno, era mentira.

Luego envió las invitaciones, y los animales empezaron a buscar regalos por todas partes. Uno le llevaba azúcar, el otro otra cosa… En fin, que entre todos le llevaron todo tipo de comida.

En aquel momento el cielo se dio cuenta de las intenciones del chacal y se enfadó. Empezó a llover… El cielo empezó a cubrirse de cosas extrañas. Los animales tenían mucho miedo, porque no sabían qué hacer. Había sol y llovía al mismo tiempo… Y todo aquello les parecía muy raro.

Todos los animales del bosque se marcharon; corrieron a esconderse, y nadie pudo asistir a la boda del chacal.

El resultado fue que el cielo se quedó satisfecho, se puso contento, y apareció el arco iris. En cuanto al chacal, se quedó sin la comida que le habían llevado sus invitados.

[Informante: A. A., de veintidós años y originaria de Akbou (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su abuela, que también es originaria de Akbou. Registrado el 14/11/2012. Versión traducida del cabileño]

El chacal, el perro y la deuda

Había una vez una oveja que estaba paciendo en el campo. Estaba tranquila, porque muy cerca de ella había una anciana que la vigilaba todo el tiempo para que no la atacara ninguna fiera.

El chacal, que no dejaba de pensar en comérsela, estaba al acecho día y noche. No le quitaba el ojo de encima; pero no había manera de que la vieja se despistara un instante y dejara a la oveja sola. "¿Cómo podría apañármelas para comérmela? ¿Qué podría hacer?" se preguntaba el chacal.

Hasta que un día se le ocurrió una idea. Fue a buscar un perro que era cojo y le dijo:

–Escucha, perro cojo. Tengo la intención de hincarle el diente a la oveja de esa anciana. He estado dándole vueltas a la cabeza pensando y pensando en el modo de hacerlo, pero no se me ha ocurrido nada, porque esa maldita vieja no se separa ni un momento de ella. Al final, después de darle muchas vueltas a la cabeza, se me ha ocurrido una idea. Voy a decirle que yo le había dado un litro de aceite a su marido, y que él solo me había pagado medio. Le diré que todavía me debe un franco, que es lo que cuesta medio litro de aceite. Tú solo tienes que venir conmigo y decir que eres mi testigo.

Y así hicieron. Los dos animales se fueron a buscar a la anciana. Y, nada más llegar, dijo el chacal:

–¡Anciana! ¿Te acuerdas de que un día yo le vendí un litro de aceite a tu marido? ¿Te acuerdas

de que solo me había pagado medio? Pues que sepas que todavía no me ha pagado lo que me debe.

Entonces ella le dijo:

–Pues la verdad es que no me ha dicho nada…

En aquel momento el perro cojo intervino:

–¡Lo que dice el chacal es cierto! Me acuerdo perfectamente, porque yo estaba allí en el momento en que le dio el litro de aceite a tu marido. Y recuerdo que él solo le pagó medio.

Y la vieja insistió:

–Os repito que mi marido no me ha dicho nada.

Entonces el chacal empezó a gritar:

–Conque no me quieres pagar, ¿eh? Pues me das ahora mismo lo que me debes o me llevo la oveja.

Y la vieja seguía insistiendo:

–Te repito que mi marido no me ha dicho nada de nada.

Entonces el chacal le dijo:

–Está bien. Voy a darte una última oportunidad. Te daré una semana para reunir el dinero. En cuanto haya trascurrido ese tiempo, volveré a buscar lo que me debes. Y, si no me lo das, me llevaré a la oveja.

Y cada vez que hablaba el chacal, el perro cojo asentía con la cabeza, como si él hubiera sido testigo de la venta del aceite.

A continuación el chacal y el perro cojo se marcharon. La vieja se quedó preocupadísima. No dejaba de llorar. Lloraba y lloraba sin parar mientras pensaba en voz alta:

–¿De dónde voy a sacar yo un franco? ¡Ese chacal va a llevarse mi oveja! ¡Se la va a llevar!

En aquel momento pasó por allí el lobo. Y como se encontró llorando a la vieja, se acercó a ella y le preguntó:

–¿Por qué lloras, abuela?

–¡Ay , lobo! –respondió ella–. Pues porque hace una semana vino el chacal con un perro cojo a mi casa. Me dijo que le había dado un litro de aceite a mi marido, y que él solo le había pagado medio. El perro cojo aseguraba que él había sido testigo de la venta. El chacal me dijo que yo le debía un franco, y me dio una semana para que se lo devolviera. Si no se lo doy hoy, se llevará mi oveja.

Entonces el lobo le respondió:

–Pues está clarísimo que es un truco para comérsela. Ya sabes que el chacal es muy astuto y que se le ha metido en la cabeza comerse a tu oveja, acabará consiguiéndolo. Lo que podrías hacer es darme a mí la oveja. Yo me la comeré y luego te devolveré las tripas, la piel y las patas. Si me das la oveja a mí, te aseguro que le daremos una buena lección a ese chacal.

Ella accedió y le entregó la oveja; así que el lobo la mató y la devoró. Pero solo solo se comió las partes nobles. Luego recogió la piel, las tripas y las patas y se las llevó a la anciana.

Le dijo:

–Lo que tienes que hacer ahora es envolver las tripas en la piel de la oveja y ponerle las patas, como si estuviera viva. Después llévate esos despojos al establo y déjalos allí atados. Cuando

llegue el chacal a pedirte el dinero, dile que no lo has conseguido y que puede llevarse la oveja.

Efectivamente, al cabo de un rato llegó el chacal y le preguntó a la anciana:

–Vieja, ¿me das el dinero que me debes?

Y ella respondió:

–No, no puedo dártelo, porque no lo tengo. Así que puedes llevarte la oveja, que es lo único que tengo. ¡Llévatela!

Entonces el chacal se fue al establo con el perro cojo, desató restos de la oveja y se los llevó arrastrándolos.

Pero entonces le pareció muy raro que la oveja no se moviera. Así que se dio la vuelta y le preguntó al perro cojo:

–¿Te has dado cuenta de que esta oveja no opone resistencia? Se está dejando que nos la llevemos…

Y el perro cojo le respondió:

–Yo creo que es porque está acostumbrada a que la vieja la guíe hasta los pastos. No está acostumbrada a hacer ningún esfuerzo. Por eso no le importa que la arrastres.

Luego siguieron caminando, caminando y caminando, hasta que en cierto momento el chacal volvió a detenerse y le dijo al perro:

–Mira, además, tiene los ojos rojos.

Y el otro le respondió:

–Eso es por el humo. Es que la vieja tiene la manía de cocinar en casa y no abre las ventanas para ventilar.

Y en aquel momento el chacal ya estaba seguro de que allí había gato encerrado. Pero no

hizo ni dijo nada. Siguió caminando como si no se hubiera dado cuenta del engaño.

Al mediodía llegaron a una fuente. Entonces el chacal volvió a detenerse. Se dio la vuelta y le dijo al perro:

–¡Perro cojo! Voy a rezar un momento. Pero tú no te detengas. Sigue arrastrando la oveja, que yo vuelvo enseguida.

(*Pero era mentira, claro, porque el chacal nunca reza*…).

El chacal se escapó al bosque, y el perro siguió caminando y arrastrando los restos de la oveja.

Y en cuanto el perro se descuidó un momento, el chacal se acercó a él despacito, despacito... Y, cuando ya estuvo lo suficientemente cerca, se abalanzó sobre él mientras le decía:

–¿Dónde estás, M'hand! ¿Dónde estás, mentiroso? Yo te decía medio litro y tú me decías un litro entero.

Y entonces mató al perro cojo. Se lo comió y le quitó la piel.

[Informante: L. F. de noventa y cuatro años y oriunda de Tigzirt (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 2/10/2015. Versión traducida del cabileño]

La serpiente y el hombre

(ATU 155)

Un día en que hacía un frío extremo un hombre se encontró una serpiente que estaba encogida y aterida. El hombre la invitó a refugiarse debajo de su gorra para que entrara un poco en calor.

La serpiente aceptó, y el hombre se la puso en la cabeza. Pero en aquel momento a ella le entraron ganas de comérselo. Cuando el hombre se dio cuenta de sus intenciones, le dijo:

–Pero, ¡si acabo de ayudarte! ¿Por qué quieres comerme ahora?

La serpiente le respondió:

–Pues porque esa es la regla. Así es la vida.

El hombre le pidió que le diese una última oportunidad. Le propuso que llevaran el asunto a juicio. Le dijo que escucharan los dos las opiniones de otros animales y que hicieran lo que pensara la mayoría.

La serpiente aceptó, y los dos empezaron a caminar en busca de animales. Por el camino se encontraron con un toro. Entonces le contaron lo que les había pasado, y el toro les dijo:

–A mí no me gustan los hombres, porque me obligan a labrar la tierra. Soy yo quien la hace fértil, y gracias a mi trabajo ellos pueden sacar alimentos. Los hombres, en lugar de agradecérmelo, me sacrifican y se dan un festín

con mi carne. Así que, si quieres mi opinión… ¡claro que puedes devorarlo!

A continuación siguieron caminando, y al cabo de un rato se encontraron con una vaca. Le hicieron la misma pregunta, y la vaca les respondió que los hombres sacaban mucho provecho de su buena leche y que al final, en lugar de darle las gracias, la mataban y se daban un festín con ella. Así que, en su opinión, lo que debían hacer era lo mismo que les había dicho el toro.

Al rato pasó por allí una oveja y dijo que los hombres se calentaban con la lana de su cuerpo y que al final pasaba lo mismo: la mataban y se la comían porque decían que así era la ley de la vida.

La serpiente pensó que ya no necesitaban más opiniones de otros animales. Bastaba con la del toro, la de la vaca y la de la oveja.

Y al momento se preparó para comérselo. Pero, justo en aquel momento, el hombre vio un erizo y le pidió a la serpiente que escucharan una última opinión. Si el erizo pensaba lo mismo que los anteriores, él se dejaría comer.

La serpiente aceptó, pero le dijo que aquella vez sería la última. Ya no le daría más oportunidades.

Así que se detuvieron y empezaron a contarle al erizo lo que les había sucedido.

El erizo les interrumpió para advertirles que era de mala educación hablarle desde tan alto. Les dijo que, en un caso como aquel, las dos partes tenían que estar a la misma altura que el juez.

Entonces le propuso a la serpiente:

–¡Venga, baja al suelo para hablarme! ¡Es que no te oigo nada de nada! ¡Deberíamos hablarnos de igual a igual!

La serpiente se colocó a la misma altura que el erizo, y entonces este pegó un salto y le dio un mordisco. La agarró con fuerza para que no se moviera y se puso a comérsela.

A los pocos segundos no quedaba ni rastro de la serpiente. Y en cuanto hubo acabado el erizo se marchó corriendo.

El hombre salió corriendo detrás de él y empezó a buscarlo por los bosques. Pero no lo encontró, así que lo dio por perdido. Y entonces se dio un puñetazo en la palma de la mano y dijo al mismo tiempo:

–¡Ay, vaya! ¡Acabo de dejar escapar una buena cena!

[Informante: L. D., de veintidós años y oriunda de Azeffoun (valiato de la Gran Cabilia). Se lo contó su padre, que también es originario de Azeffoun. Registrado el 28/1/2013. Versión traducida del árabe]

El mulo y el burro

(ATU 207A + ATU 670)

Había una vez un mulo que no paraba de arar desde que salía el sol hasta que se hacía de noche. Se pasaba los días labrando el campo de su dueño. Cuando terminaba de trabajar, volvía al establo ya sin fuerzas.

Un día, después de la jornada, vio que el burro estaba a su lado frotándose el lomo con la paja. Entonces el mulo le dijo:

–¡Qué suerte tienes! El dueño te trata con cariño. Todos los viernes te lleva al zoco, y ahí puedes descansar tranquilo bajo la sombra de un árbol. Y yo… yo soy una bestia de carga. El dueño me obliga a trabajar todo el tiempo.

Y dijo el burro:

–Deberías andar más espabilado. Mañana, por ejemplo, haz como si estuvieras enfermo. Así nuestro dueño no te llevará al campo.

Pero ninguno de los dos sabía que el dueño entendía el lenguaje de los animales. Nadie lo sabía, ¡ni siquiera su mujer! Él era el único que poseía aquel secreto.

A la mañana siguiente el dueño fue al establo y allí vio al mulo, fingiendo que estaba enfermo. Así que aquel día se llevó al burro para labrar el campo.

Pero aquello no le hizo ninguna gracia al burro. Así que se inventó un plan para que el mulo volviera a trabajar. Y aquella misma noche le dijo:

–Oye, ¿sabes qué? He oído que el dueño le decía a uno de sus trabajadores que, ¡si el mulo no regresa a su trabajo, más valdría degollarlo!

Y el hombre, que lo había escuchado y se había enterado de todo, empezó a reírse. Y entonces su mujer le dijo:

–Pero, ¿se puede saber de qué te estás riendo tú? ¡Si yo no he dicho nada! ¡Venga, dime!

Y él dijo:

–Tranquila, es que me acabo de acordar de alguien.

Y dijo ella:

–No es verdad…

Y su mujer siguió dale que dale. Pero él no podía decirle que entendía el lenguaje de los animales. Si se lo decía, moriría. Era un secreto, y no podía contárselo a nadie; de lo contrario se moriría.

Al final, como el hombre estaba muy enamorado de ella, terminó aceptando:

–De acuerdo, esta misma noche te lo diré. Pero, que sepas que, si te lo digo, me moriré. Es un secreto, y si te lo digo, ¡me moriré!

Ella le dijo:

–Bien, pues dímelo ¡y luego muérete si quieres!

El dueño se puso muy triste, porque sabía que se iba a morir por lo fisgona que era su mujer.

Al cabo de un rato el dueño, que estaba sentado a la mesa al lado de su mujer, escuchó el canto del gallo. Y escuchó también que el perro le decía al gallo:

–¡Debería darte vergüenza! ¿No te das cuenta de que nuestro dueño está triste porque se va a morir?

Y el gallo le preguntó:

–Pero ¿por qué?

El perro le contó que había escuchado la conversación de la pareja, y que ella le había obligado a contarle el secreto. Pero si se lo contaba moriría. Por eso no sabía qué hacer.

Y dijo el gallo:

–¡Nuestro dueño es un imbécil! Yo tengo veinte gallinas, y ninguna de ellas viene a reclamarme nada. Si estuviera en su lugar, yo la encerraría en la habitación ¡y le daría su merecido! Así entraría en razón.

El dueño, que había escuchado la conversación, comprendió que se había equivocado. ¡El gallo le había dado una buena lección!

De modo que fue a buscar a su esposa, se la llevó a la habitación y una vez allí le dio una buena tunda. Así consiguió que entrara en razón.

[Informante: R. B., de veinticuatro años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su padre, también oriundo de Bugía. Recogido el 30/9/2012. Versión traducida del árabe]

El gato recupera su camisa

(ATU 2034)

Érase una vez una gata a la que habían invitado a una boda de unos familiares suyos.

La gata se fue a casa a buscar su camisa elegante para la boda. Estuvo buscándola por todas partes, pero no la encontró.

Entonces fue a ver a la anciana Yemma Djida y le pidió que la ayudara a buscar su camisa. La vieja le dijo que, si quería que la ayudara, primero tendría que traerle leche. Le prometió que luego ella se pondría a buscar su camisa por todas partes. Le aseguró que la encontraría y que se la daría.

Pero la gata no tenía ni idea de dónde podría encontrar la leche, y la vieja le dijo que debía arreglárselas ella sola.

Así que se marchó a buscar la leche. Por el camino se encontró con una cabra y le pidió que le diera leche.

Y la cabra le respondió:

–Y ¿se puede saber qué es lo que vas a hacer con la leche?

–Se la voy a dar a la vieja para que me busque donde está mi camisa –respondió la gata.

Y la cabra le dijo:

–Pues, si quieres leche, tendrás que traerme hierba para comer. Después yo te daré la leche que necesitas.

Así que la gata continuó su camino en busca de hierba. En cuanto la encontró, le dijo:

–Hierba, ¿me dejas que te arranque de la tierra?

Y la hierba le respondió:

–Y ¿se puede saber para qué quieres arrancarme?

–Para que te coma la cabra. Porque así ella luego me dará la leche, y yo se la daré a la vieja para que me busque mi camiseta. Así podré ir a la boda de mis parientes –dijo la gata.

–Pues tienes que regarme con agua para que crezca, y luego podrás arrancarme de la tierra –dijo la hierba.

Entonces la gata se fue a la fuente y le pidió agua. La fuente le dijo:

–Y ¿qué vas a hacer con el agua?

–Tengo que regar la hierba para que nazca. Luego llevarle la hierba a la cabra para que se la coma. Después la cabra me dará la leche, y yo se la daré a Yemma Djida para que me ayude a buscar la camisa elegante, que es la que yo me pondré después para ir a la boda –dijo la gata.

Entonces la fuente le dijo:

–Pues, mira, como mi agua se vierte en el suelo, tendrás que construir una presilla alrededor de mí para que pueda guardar el agua, y así tú luego podrás llevarte todo lo que quieras.

–Y ¿cómo voy a hacerlo? –le preguntó la gata.

Y la fuente le contestó:

–Pues tendrás que traer unas piedras y ponerte a construir.

Así que la gata se fue a buscar las piedras y les dijo:

–Tengo que llevaros a la fuente para construir una presilla. Pero, como sois muy grandes, tenéis que partiros en dos para que pueda transportaros poco a poco.

Y las piedras le respondieron:

–Pues nosotras no podemos partirnos solas. Si quieres cortarnos en pedazos pequeños, tendrás que llamar a los *idabalen*[32]. Mientras ellos bailan y tocan los tambores, nosotras nos partiremos. De ese modo tú podrás llevarte los pedazos para construir la presilla de la fuente.

La gata se fue contenta a buscar a los *idabalen* y les dijo:

–Por favor, tenéis que venir conmigo.

–Y ¿se puede saber qué vamos a hacer allí? –le preguntaron los músicos.

Y la gata les respondió:

–Pues me gustaría que me acompañarais para romper piedras.

Los *idabalen* le preguntaron:

–Y ¿cómo las vamos a romper? Y ¿por qué?

–Pues las romperéis bailando y tocando vuestros tambores y flautas –respondió la gata–. Después me llevaré los pedazos de piedra a la fuente para poder construir una presilla alrededor para que guarde el agua. Cuando consiga el agua, regaré la hierba que crezca con el agua de la fuente. Luego le daré a la cabra la hierba para que se la coma. La cabra me ofrecerá leche, y yo se la daré a la vieja. Ella me buscará mi camisa elegante para que yo pueda llevarla a la boda.

Entonces los *idabalen* le dijeron:

[32] *Idabalen*: músicos tradicionales de la Cabilia.

–Está bien, pero primero tendrás que traernos la piel de un toro para hacer nuevos tambores, porque los nuestros ya están desgastados y son muy viejos. Además, tendrás que traernos un palo de madera para construir nuestras flautas.

La gata continuó su camino muy preocupada. No paraba de darle vueltas a la cabeza. No tenía ni idea de cómo ni dónde iba a conseguir la piel del toro…

Pero entonces llegó a una granja. Allí vio varios toros, vacas y corderos. Al principio se quedó confusa, porque no podía decidir cuál de ellos iba a robar. Y en aquel momento pasó por allí un campesino y le dijo:

–¿Qué es lo que te ha traído hasta aquí, gata?

Y la gata respondió muy triste:

–¡Ay! Si te cuento de donde he venido… No he parado de mendigar y mendigar por todas partes. Ahora que llegado hasta aquí me gustaría pedirte un favor. Quisiera que me dieras un toro para que lo degüelle y me lleve su piel. O, si lo prefieres, dame la piel del toro tú mismo.

–¡Qué te dé un toro! ¿Quieres que degüelle a un toro por su piel? ¡Yo los necesito todos! Y ¿se puede saber qué es lo que vas a hacer con la piel del toro? –le preguntó el campesino.

Entonces la gata empezó a contarle toda su historia. Le dijo que tenía que darles la piel del toro a los *idabalen* para que hicieran tambores, porque así ellos iban a tocar los tambores y a bailar y conseguirían que las piedras se rompieran. Con ellas iba a construir la fuente para que poder guardar el agua. Luego tenía la intención de regar

la hierba con el agua de la fuente, y entonces la hierba crecería. Después daría la hierba a la cabra para que se la comiera, y la cabra le daría leche. Así ella podría dársela a la vieja para que le buscara su camisa elegante con la que ir a la boda.

En cuanto hubo terminado de escuchar aquello, el campesino le dijo que no se preocupara, porque iba a ayudarla. Entonces segó la hierba de su granja hasta rellenar dos sacos y se los dio a la gata. La gata le llevó la hierba a la cabra, y esta se la comió. La cabra le dio la leche que necesitaba, y la gata se la dio a Yemma Djida, quien por fin le dio su camisa elegante.

Entonces la gata se la puso rápidamente y se marchó enseguida a la boda con sus familiares.

[Informante: D. T. de veinticuatro años y originaria de Tigzirt (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 3/4/2012. Versión traducida del cabileño]

El burro monta al mono

(ATU 117)

Había una vez un burro y un mono que se habían puesto de acuerdo para hacer el amor. Decidieron que le tocaría en primer lugar al mono. Fue el mono quien se folló primero al burro.

Entonces el mono empezó a prepararse. Hizo algunas cositas primero, así, y luego empezó.

Y el burro que estaba tranquilo… Cogió el periódico y empezó a leer. ¡No sentía nada de nada!

Después, cuando le tocó el turno al burro, este le dijo al mono:

–¡Date la vuelta!

Se puso a follárselo y todo… Y el mono estaba muy en tensión, así.

Y después el burro le dijo:

–¡Ay! Ya estoy harto de penetrarte. ¡Ven, que te voy a dar un besito!

Y el mono le dijo:

–Si pudiera darme la vuelta, te mataría, ¡hijo de puta!

El burro lo había dejado tieso. Le había inmovilizado la columna vertebral.

[Informante: I. Y., de veintitrés años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Registrado el 2/11/2012. Versión traducida del árabe]

El elefante y la hormiga

Una vez el elefante se fue a ver a la hormiga, y esta le dijo:

–¡Ven, ven, que vamos a follar! ¡Ya verás! Vas a pasar un buen rato. Te voy a hacer vibrar. ¡No te arrepentirás!

Y dijo el elefante:

–¡No, déjame tranquilo!

Y entonces ella se montó en su lomo. Se subió, así, encima del elefante. Y el elefante, como le hacía cosquillas, pues se puso a vibrar. No paraba de vibrar y de vibrar…

Y al final le dijo la hormiga:

–¿Ves? ¡Ya te dije yo que te iba a hacer vibrar!

[Informante: I. Y., de veintitrés años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Registrado el 2/11/2012. Versión traducida del francés]

La gacela, el mono y el león

Érase una vez una gacela (*una gacela que era muy puta*) que quería casarse. Así que se fue a ver al camello para pedirle que se casara con ella. Pero el camello no la aceptó como esposa.

El león entonces llamó a los demás animales para buscarle un marido. Y nadie quería casarse con ella… Todos la rechazaron; todos excepto el mono. El mono aceptó, y fue a ver al león para pedir la mano de la gacela.

Entonces el león le dijo:

–De acuerdo, me parece muy bien que quieras casarte con la gacela para protegerla. Pero antes ¡tápate tú el culo[33]!

[Informante: A. W., de cuarenta años y oriundo de Argel (valiato de Argel). Registrado el 24/10/2012. Versión traducida del árabe]

[33] Lo que el león le reprocha al mono es la indecencia de no cubrirse el trasero. Y es que, efectivamente, los macacos del Atlas tienen las nalgas prácticamente desprovistas de pelo.

CUENTOS MARAVILLOSOS

Las tres hermanas y el castillo de la ogresa

(ATU 311 + ATU 302)

Cuentan que había una vez un hombre viudo que vivía en una casa con sus tres hijas. Como era muy pobre y en casa no tenían nada que echarse a la boca, decidió venderle a su hija mayor a la ogresa de la región.

Así pudo comprar comida y ropa para su familia. Pero al cabo de unos días se le acabó todo el dinero, y al padre no le quedó más remedio que venderle a la segunda hija. Y se la vendió aún más cara que la primera.

Y, de nuevo, unos días más tarde se le terminó todo el dinero que había conseguido por su segunda hija, así que le entregó a la ogresa a su hija menor por un precio aún más alto que la anterior.

La ogresa la cogió del brazo y se la llevó a su castillo. Desde aquel día, cada mañana, despertaba a la muchacha muy temprano para que se pusiera a limpiar, a barrer la casa y a lavar la ropa.

Un buen día la joven se levantó y no encontró a la ogresa por ninguna parte. Así que, como de costumbre, se puso a hacer las tareas de casa y, en cuanto hubo terminado, se quedó esperando a que llegara la dueña del castillo.

Y un poco antes de que cayera la noche, cuando por fin regresó a casa, la ogresa le dio un pollo y le dijo:

–¡Toma! Quiero que le quites las tripas y que no pares de sonreír mientras lo estés limpiando. Después rellena el pollo, pero no se te ocurra dejar de sonreír. Luego, lo cocinas y sigues sonriendo. Y sonríe también mientras te lo estés

comiendo. Que sepas que, como vea que dejas de sonreír siquiera un momento, te colgaré por los pies y te dejaré ahí colgada hasta que te mueras; como hice con tus hermanas.

Y al instante la muchacha empezó a hacer exactamente lo que le había dicho la ogresa. Comenzó a sacarle las tripas al pollo mientras sonría. Aunque estaba muy, muy triste, no dejaba de sonreír, pues tenía mucho miedo de que la ogresa cumpliera su palabra. Luego lo rellenó sin dejar de sonreír ni un instante y, cuando hubo acabado, empezó a cocinarlo también sin parar de sonreír. Estuvo sonriendo todo el tiempo…

Pero, justo cuando llegó el momento de comérselo, le vino a la cabeza lo que había ocurrido con su padre y sus hermanas. Aquel recuerdo era, de verdad, muy triste, y tuvo miedo de que no pudiera seguir sonriendo. Pero enseguida recordó que la ogresa le había advertido que, como no hiciera exactamente lo que le había dicho, la dejaría colgada por los pies hasta que se muriera; como había hecho con sus hermanas. Así que hizo un esfuerzo, apartó de su cabeza el recuerdo triste y se comió el pollo sin dejar de sonreír.

La ogresa no le quitaba el ojo de encima. Cuando la muchacha por fin terminó de comer, se dirigió a ella y le dijo:

–Está bien, veo que has sido obediente. Ahora voy a darte las llaves del castillo. Podrás hacer lo que quieras y podrás ir adonde te dé la gana. Tienes mi permiso para entrar en cualquier habitación excepto en una de ellas, que es la de la torre. Te prohíbo terminantemente que entres en

ella. Que no se te olvide nunca: no podrás entrar en la habitación prohibida bajo ningún pretexto.

Así que la muchacha cogió las llaves, y desde aquel día caminó a sus anchas por todo el castillo. Cada día abría una habitación diferente, y en todas ellas se encontraba ropas maravillosas, joyas y un montón de manjares.

Pero un día vio la puerta de la habitación prohibida y le entraron muchísimas ganas de descubrir qué había en el interior. Aunque tenía miedo de la ogresa, estaba muy intrigada. Así que una mañana se quedó esperando a que la dueña se marchara del castillo, y cuando por fin se fue, ella abrió la puerta y entró en la habitación.

Nada más entrar se encontró a sus hermanas colgadas de los pies. ¡Tenían un aspecto espantoso! Estaban pálidas, flacas…

La hermana menor las ayudó a que se levantaran. Las tendió en el suelo y les dio de comer y de beber.

En cuanto se hubieron recobrado un poco, empezaron a contarle lo que les había ocurrido y lo que les había hecho la ogresa. Le dijeron que a ellas también les había llevado un pollo y que les había obligado a que lo destriparan, a que lo cocinaran y a que se lo comieran sin dejar de sonreír ni un instante. Ellas obedecieron e intentaron hacerlo todo tal y como les había ordenado; le sacaron las tripas al pollo, lo rellenaron y lo cocinaron sin parar de sonreír. Pero, justo cuando el pollo ya estaba listo para comer y llegó el momento de hincarle el diente, empezaron a acordarse de su familia y se pusieron a llorar. Así que la ogresa se enfadó muchísimo y,

para castigarlas, las dejó colgadas en aquella habitación.

Cuando escuchó que la ogresa había regresado al castillo, la hermana menor les dijo a las otras dos:

–Tengo que volver a dejaros colgadas del techo. Pero os prometo que volveré a veros todos los días y que os traeré comida y bebida.

Después se marchó y volvió a su habitación. Una vez allí se sentó y se quedó pensativa. Empezó a darle vueltas y vueltas a la cabeza intentando encontrar el modo de liberar a sus hermanas.

Mientras ella estaba pensando, vio llegar a la dueña del castillo. Así que se levantó, fue a la cocina y se puso a preparar la comida. En cuanto terminó de cocinar, le llevó la comida a la torre, y allí se quedó pensando todavía durante un buen rato.

Al día siguiente, a la misma hora que de costumbre, la ogresa regresó al castillo. En aquel momento la muchacha le preparó algo para comer. Como siempre, en cuanto hubo acabado se lo llevó a la torre donde vivía la ogresa. Pero aquella noche no bajó de la torre, sino que se quedó vigilándola…

A la mañana siguiente, cuando la dueña se marchó, ella se dirigió a la torre para ver qué era lo que la ogresa escondía en la habitación prohibida. Nada más llegar, se encontró a un muchacho joven y muy guapo que estaba allí encerrado. Llevaba grilletes en los pies y en las manos, y apenas podía moverse.

Ella se presentó y le preguntó cómo había ido a parar a manos de la ogresa. Y él, entonces, empezó a contarle lo que le había sucedido.

Le dijo:

–Yo soy un príncipe, hijo del sultán de la región. La ogresa se enamoró de mí y quiso casarse conmigo. Como yo no acepté, un día ella me secuestró y me llevó a su castillo. Me arrastró hasta aquí y me dejó encerrado en esta habitación. Desde entonces viene todos los días a traerme comida y luego me pide la mano. Y como yo siempre me niego, ella no deja de torturarme.

La muchacha escuchó toda la historia, y ella también le contó lo que les había ocurrido a sus hermanas y cómo había ido a parar a aquel castillo. En cuanto hubo terminado, le pidió que la ayudara; y entonces el príncipe le dijo:

–Si quieres que te ayude, tendrás que traerme el espíritu de la ogresa, que está escondido en el pájaro que está en su habitación.

Al día siguiente, en cuanto la ogresa salió del castillo, la muchacha fue corriendo a su habitación para buscar el pájaro. Abrió la puerta y se metió. Nada más entrar reconoció el pájaro del que le había hablado el príncipe, que era el que contenía el espíritu de la ogresa. Lo cogió enseguida y lo cambió por otro igual. Luego salió de allí, se lo llevó al príncipe y le quitó los grilletes.

El muchacho se quedó escondido en la habitación esperando a la ogresa. En cuanto ella llegó se dirigió a la torre del castillo, con la comida, para pedirle la mano, como solía hacer todos los días.

Y la ogresa, como siempre, volvió a pedirle que se casara con ella. En cuanto el príncipe se negó, ella intentó pegarle. Pero aquella vez él sacó las manos y los pies de los grilletes y se enfrentó a ella.

En una de las manos llevaba el pájaro amordazado. Él sabía que, como el pájaro contenía el espíritu de la ogresa, si le hacía daño al pájaro, ella también sufriría. Así que agarró al pájaro con fuerza y empezó a estrujarlo hasta que terminó matándolo. Y al momento ella también murió fulminada.

El príncipe enseguida cogió a la ogresa, se la llevó al bosque y se la echó a los chacales para que se la comieran.

A continuación regresó al castillo y liberó a las tres hermanas. Se las llevó a su palacio, y una vez allí se casó con la menor. Sus otras dos hermanas se casaron con los dos hermanos del príncipe.

El día de la boda invitaron a su padre al castillo y le pidieron que se quedara a vivir con ellas. El padre aceptó, y desde aquel día todos vivieron en el castillo del príncipe.

[Informante: N.-E.-H. B., de veinticuatro años y oriunda de Constantina (valiato de Constantina). Se lo contó una mujer de Souk Ahras (valiato de Souk Ahras). Registrado el 4/7/2015. Versión traducida del árabe]

El muchacho fuerte que mató al monstruo

(ATU 312D)

Había una vez un hombre que tenía cinco hijos y una hija…

Un día un monstruo le dijo a la muchacha:

–¡O me caso contigo o te como! Si me caso contigo, haré todo lo que me pidas. Haré una fiesta.

Así que un día fue a buscarla, se la encontró por el camino y se la llevó a la grupa de un burro. Se la llevó a su casa. La ató del pelo para que no se escapara.

Y poco a poco, poco a poco fue pasando el tiempo hasta que una noche los hermanos de la muchacha raptada les dijeron a sus padres:

–¡O nos echáis de casa, o que el cielo caiga sobre vuestras cabezas! ¿Quién ha raptado a nuestra hermana?

La madre respondió:

–Hijos míos, se la ha llevado el monstruo.

Y, sin más, se fueron a buscarla. Fueron preguntando por ahí. Fueron preguntando y preguntando hasta que por fin la encontraron.

Entonces el monstruo les dijo:

–¡Buenas noches, bienvenidos! ¡Entrad y poneos cómodos, cuñados míos! Sentaos al lado del *kanun* y pasad aquí la noche.

Y en aquel momento los encerró en la casa.

Al cabo de un tiempo la madre de los cinco hijos se quedó embarazada y dio a luz a un muchacho al que llamaron "M'hand el mulo". M'hand el mulo crecía muy rápido y comía

demasiado. Cuando apenas tenía dos o tres meses ya tenía el aspecto de un hombre. Así que pensaron que lo mejor sería dejar de darle de comer.

Una vez le dieron un gran plato de cuscús y un cordero entero. ¡Y se lo comió todo él solo!

En el pueblo todo el mundo tenía miedo de él. ¿Qué podrían hacer con un muchacho así?

Vieron que M'hand el mulo había crecido mucho. Se había hecho muy grande y muy fuerte. Pero en el pueblo se burlaban de él, porque había permitido que el monstruo raptara a la muchacha y a sus cinco hermanos.

Y entonces M'hand el mulo le preguntó a su madre:

–Dime, mamá, ¿dónde están mis hermanos y mi hermana?

Y ella le dijo:

–El monstruo raptó a tu hermana y, cuando tus hermanos se fueron a buscarla, los encerró a ellos también.

Entonces cogió su caballo y una espada. Llegó a casa del monstruo. Y el monstruo le dijo:

–¡Bienvenido!

M'hand el mulo vio a su hermana y le preguntó si se encontraba bien.

Y entonces dijo el monstruo:

–Mira, siete platos de cuscús y siete corderos. Yo voy a dar una vuelta completa a la casa. Os lo vais a comer todo mientras yo esté dando la vuelta. Más os vale terminároslo todo si no queréis que os coma a todos vosotros. ¡Venga, que voy a empezar a dar la vuelta a la casa!

El monstruo se marchó, y M'hand el mulo se comió los siete platos de cuscús y los siete corderos. Y luego dijo el monstruo:

–¡Y ahora vamos a pelear!

Y M'hand respondió:

–¡De acuerdo, pues vamos a luchar!

Empezaron a pelearse. Enseguida M'hand el mulo le dio un golpe en la cabeza al monstruo y lo mató. Y después liberó a sus hermanos.

Los seis se quedaron un mes entero sin comer ni nada. Se los llevó a su casa con su hermana.

M'hand el mulo acabó con el monstruo y luego celebraron una fiesta de siete días y siete noches.

[Informante: K. H., de veintidós años y oriunda de Bugía (valiato de la Pequeña Cabilia). Se lo contó su tío, que también es originario de Bugía. Registrado el 9/4/2013. Versión traducida del cabileño]

El príncipe y la hija del ogro

(ATU 313D*)

Érase una vez un príncipe muy hermoso y valiente. Era el único hijo que habían tenido los reyes; y él era, por tanto, el único heredero al trono.

Su tío, que era malvado, estaba tramando matarlo para convertirse él en el futuro rey. Y para llevar a cabo sus planes, fue a pedirle ayuda a una bruja anciana que vivía en un bosque de los alrededores.

Entonces ella le dijo:

–Si quieres librarte del príncipe, lo que tienes que hacer es llevártelo hasta el pozo y tirarlo allí.

Y a la mañana siguiente, con la intención de tirarlo al pozo, le propuso al príncipe que se fueran a cazar al bosque. Pasaron todo el día cazando y, cuando empezó a oscurecer, decidieron regresar a palacio. Entonces, por el camino de regreso, el tío empezó a fingir que tenía mucha sed.

Le dijo:

–¡Quiero beber agua! Vamos un momento al pozo…

El príncipe aceptó, y nada más llegar, se encontraron con una anciana enferma, que también quería beber. Estaba intentando sacar agua del pozo. Y como vio que la anciana no conseguía inclinarse, se acercó a ella y le dijo que él sacaría agua. Enseguida llenó el cubo de la anciana, y, en compensación por haberla ayudado, ella empezó a contarle:

–Voy a decirte un secreto. Hay un palacio donde vive una muchacha que es realmente hermosa. Tiene cabellos dorados y los ojos azules como el cielo. Es de una belleza excepcional. Se llama Lonja, y el palacio en el que está encerrada se encuentra en el interior de una cueva. Allí vive también su padre, que es un ogro muy peligroso. Si quieres llegar a ese palacio y rescatar a la muchacha, tendrás que caminar durante muchos, muchos años. Habrás de cruzar siete mares, siete bosques y siete desiertos. Además el viaje es muy peligroso. Para que te hagas una idea de lo peligroso que es, te diré que hasta hoy en día nadie ha conseguido llegar hasta la cueva.

El príncipe se quedó maravillado, y a pesar de las advertencias de la anciana, decidió emprender el viaje para buscarla. Empezó a caminar, y estuvo caminando y caminando sin parar. Cruzó los siete mares, los siete bosques y los siete desiertos, y después de muchos, muchos años de viaje, por fin llegó a la cueva.

Pero nada más llegar se encontró con que no podía entrar. Y es que la boca de entrada estaba sellada con una roca que se abría y se serraba rápidamente, sin dejar oportunidad a quien quisiera entrar.

El príncipe, que era muy inteligente y habilidoso, logró colarse rápidamente por el resquicio que dejaba la roca al retirarse, justo en el momento en que la roca dejaba el paso libre. Y una vez en el interior se dio cuenta de que la gruta era realmente espaciosa. ¡Allí dentro había un palacio enorme! Y él, sin más, empezó a llamar a Lonja por las galerías y los pasillos del palacio…

La muchacha oyó que alguien estaba gritando su nombre. Entonces se asomó desde lo alto de la torre y allí descubrió al príncipe. Para ayudarlo a subir extendió sus largos cabellos trenzados por el balcón. El príncipe se agarró a ellos y se puso a escalar poco a poco por toda la torre.

Llegó hasta la alcoba de la princesa. Y justo en el momento en que el príncipe se metió en la habitación, su padre, el ogro, escuchó un ruido extraño en la torre, y se fue corriendo a averiguar de dónde venía. Pero, justo a tiempo, antes de que el ogro entrara por la puerta, Lonja consiguió esconder al príncipe en su habitación.

Su padre le preguntó:

–Dime, hija, ¿no habrás escuchado un ruido extraño?

Y ella le respondió:

–¿De qué ruido me estás hablando, papá? Aquí solo se oyen los gritos de la gente, que anda pidiendo comida.

A continuación, en cuanto el ogro se hubo marchado, Lonja y el príncipe se escaparon rápidamente del castillo. Pero no tardó mucho el ogro en darse cuenta de que su hija se había marchado con alguien. Así que salió del castillo y salió corriendo detrás de ellos. Empezó a perseguirlos…

Lonja y el príncipe siguieron corriendo y consiguieron atravesar la roca de la entrada. Pero, cuando el ogro lo intentó, no lo consiguió. Se quedó atrapado en la entrada, encajado entre la roca y la entrada.

En aquel momento Lonja se giró, y entonces vio que su padre se estaba muriendo. Así que el príncipe y ella se acercaron a él.

Al verlos allí el padre empezó a decirles:

–No voy a tardar mucho en morirme, pero antes de dejar este mundo quiero decirlos algo. Tenéis que saber que, por el camino de vuelta, os vais a topar con tres pruebas. La primera de ellas será un saco lleno de dinero. ¡Que no se os ocurra cogerlo! Es una trampa… Después os vais a encontrar con dos hombres que se estarán peleando. ¡Ni se os ocurra tratar de que hagan las paces! Esa será la segunda prueba, y no olvidéis que también es una trampa. Si la superáis, podréis continuar caminando. Entonces encontraréis la tercera prueba. Por el camino, veréis un pájaro que estará intentando escaparse de un águila. ¡No tratéis de ayudarlo, que también es una trampa!

Los dos jóvenes se marcharon. Empezaron a caminar. Estuvieron andando y andando durante un buen trecho hasta que, efectivamente, por el camino se encontraron con el saco lleno de dinero del que les había hablado el padre de Lonja. Pero hicieron caso de lo que les había dicho el ogro y decidieron no cogerlo…

Después continuaron andando, y al cabo de un rato se encontraron con dos hombres que estaban peleándose en mitad del camino. El príncipe alcanzó a escuchar que estaban peleándose por un asunto de dinero. Estaban riñendo por un tesoro; los dos querían quedarse con todo. Y al oír aquello el príncipe y la hija del ogro decidieron seguirlos para averiguar dónde se

encontraba aquel tesoro del que estaban hablando.

Empezaron a caminar detrás de ellos. Estuvieron caminando y caminando hasta que se encontraron con el pájaro y el águila de los que le había hablado el ogro antes de morir. Las dos aves se estaban peleando. Entonces el muchacho, sin hacer caso de las advertencias del ogro, se acercó al pájaro para ayudarlo. En aquel instante, de repente, el águila agarró al príncipe, echó a volar y se escapó volando por los aires.

Lonja intentó sujetarla, pero no hubo manera. Así que, después de quedarse pensando en qué podría hacer, pensó que lo mejor sería seguir su camino en dirección al palacio del príncipe.

Y así lo hizo. Siguió el camino ella sola. Anduvo y anduvo durante años hasta que llegó al reino del príncipe. Nada más llegar se encontró con que todos los habitantes estaban abatidos. Lloraban y lloraban sin parar porque creían que el príncipe se había muerto.

Ella no les hizo caso. Siguió su camino y llegó hasta el castillo de los reyes. Una vez allí se puso a trabajar como sirvienta.

Y así fue pasando el tiempo, hasta que un buen día un pájaro llegó volando hasta el castillo. Al ver a Lonja en el balcón, se dirigió enseguida hacia ella y empezó a gorjear y a gorjear como si estuviera intentando decirle algo… La sirvienta se dio cuenta de que se trataba del mismo animal al que el príncipe había ayudado.

Entonces el pájaro salió volando por el balcón y condujo a Lonja hasta el nido del águila

que había raptado a su príncipe. Al llegar allí, escuchó que alguien estaba llorando. Enseguida reconoció la voz del príncipe. Así que se quedó escondida, esperando a que el águila se marchara y dejara libre su nido. Y por fin, cuando por fin se marchó a buscar comida, Lonja se acercó al príncipe y le ayudó a ponerse en pie, pues estaba herido y no podía valerse por sí mismo.

Al cabo de un tiempo, en cuanto el joven se hubo curado un poco de sus heridas, los dos volvieron al castillo. Al verlos llegar, todos los habitantes del reino se quedaron pasmados y volvieron a ser felices.

Y unos días más tarde el príncipe y Lonja se casaron.

[Informante: N.-E.-H. B., de veinticuatro años y oriunda de Constantina (valiato de Constantina). Se lo contó una mujer de Souk Ahras (valiato de Souk Ahras). Registrado el 19/6/2015. Versión traducida del árabe]

La ogresa y las siete hermanas

(ATU 313H*)

Había una vez una pareja de ancianos que tenía siete hijas. Un día el hombre y su mujer decidieron hacer la peregrinación a La Meca. Así que reunieron a sus hijas para anunciárselo, y les dijeron:

–Hijas, vamos a hacer la peregrinación. Estaremos fuera de casa durante varios meses. Pero no se os ocurra abrirle la puerta a nadie. No olvidéis que no tenemos más familia, así que nadie debería venir a visitaros…

Durante las primeras semanas las hijas obedecieron a sus padres, y no le abrieron la puerta a nadie.

Y un buen día llegó una anciana y llamó a la puerta. Y como vio que las muchachas se negaban a dejarla pasar, les dijo:

–¡Soy vuestra tía! Abrid la puerta, que vuestros padres me pidieron que viniera a cuidar de vosotras.

Pero entonces la hija menor (*que era la más inteligente*) se adelantó a sus hermanas y le respondió:

–¡Ni hablar! Nosotras no tenemos ninguna tía. Además, nuestros padres nos aconsejaron que no le abriéramos la puerta a nadie.

La anciana les dijo:

–Sé de sobra que vuestros padres se han ido a hacer la peregrinación a La Meca y que os pidieron que no abrierais la puerta a nadie. ¡Pero yo soy vuestra tía, de verdad! ¡Abridme la puerta!

Como escucharon que la anciana conocía todos aquellos detalles sobre sus padres, las seis muchachas mayores la creyeron y pensaron que lo más prudente sería abrirle la puerta. La menor de todas se opuso; les pidió que no le abrieran la puerta y les recordó que ellas no tenían ningún familiar. Pero las demás no le hicieron ni caso y acabaron abriendo.

Y así fue como la ogresa consiguió colarse en la casa. Se quedó unos días con ellas. Dormía, comía con las siete hermanas y se encargaba de prepararles la comida y de que estuvieran bien cuidadas.

Pero al cabo de unos días, de repente, la hermana mayor desapareció. Las otras seis notaron que aquel día la comida llevaba más carne que de costumbre. ¡La ogresa había echado muchísima carne en el guiso!

Y unos días más tarde desapareció la segunda. En aquel momento la hija menor comprendió que la anciana era la que hacía desaparecer a sus hermanas. Se dio cuenta de que las estaba matando y de que después las despedazaba para echar los trozos de carne en el guiso.

Así que enseguida reunió a sus cuatro hermanas, que eran las que aún quedaban con vida y les dijo:

–¡Escuchadme! Estoy segura de que esa anciana se está haciendo pasar por nuestra tía. Ella es la culpable de la desaparición de nuestras hermanas. Sé que es ella quien las está matando y que luego cocina su carne y nos la sirve en los platos que prepara para que nos la comamos. Por

eso, cada vez que desaparece una de nosotras, hay tanta carne en el estofado que nos prepara.

Aunque las otras no la creyeron, por lo menos, la menor consiguió convencerlas para que vigilaran a la vieja. Así que aquel día las cinco muchachas se pusieron a observarla, y al cabo de un rato descubrieron que, efectivamente, la anciana estaba preparándose para matar a otra hermana.

Entonces decidieron huir de allí lo antes posible. Salieron de casa y echaron a correr con todas sus fuerzas. Y cuando la ogresa descubrió que se habían escapado, salió corriendo ella también y empezó a perseguirlas.

Por el camino, mientras huían, las hermanas se toparon con algunos obstáculos. El primero de ellos era un puente en el cual había una serpiente que tenía tres cabezas y que le cortaba el paso a todo aquel que quisiera atravesar el puente.

Al verlas llegar les dijo:

–Si queréis que os deje pasar, tendréis que resolver un enigma.

Mientras ellas pensaban la solución, la ogresa llegó y se comió a otra hermana. Pero la menor, que era muy, muy inteligente, logró resolver el enigma de la serpiente; así que las cuatro pudieron atravesar el puente y continuar el camino.

Las cuatro jóvenes siguieron corriendo y corriendo sin parar, hasta que, un rato después, se encontraron con un lago donde vivía un cocodrilo que se comía a todo aquel que intentaba cruzar el lago.

Al verlas llegar se dirigió a ellas y les dijo:

–Si queréis que os deje pasar, tendréis que atrapar un pájaro y echármelo al agua para que me lo coma.

Y justo en aquel instante llegó la ogresa y se comió a otra hermana. Ya solo quedaban tres…

Las demás enseguida se fueron a buscar un pájaro para dárselo al cocodrilo. Cuando por fin lograron atraparlo, se lo tiraron al agua. El cocodrilo se lo comió y enseguida se retiró y les dejó cruzar el lago.

A continuación siguieron caminando, caminando y caminando hasta que, al cabo de un trecho, se encontraron con un águila que se comía a todo aquel que intentaba atravesar su territorio.

Al verlas llegar a lo lejos, se acercó a ellas y les dijo:

–Si queréis que os deje seguir vuestro camino, tendréis que pasar esta noche aquí mismo, en mi nido.

A las muchachas no les quedaba más remedio que quedarse a dormir en el nido del águila si querían escaparse de la ogresa; así que aceptaron. Y aquella misma noche el águila atrapó a una de las hermanas y se la dio a sus aguiluchos para que se la comieran; de modo que ya solo quedaban dos.

A la mañana siguiente las muchachas se levantaron temprano y, sin perder un instante, echaron a correr. Pero, antes siquiera de que se dieran cuenta, la ogresa las alcanzó, atrapó a una de ellas y se la comió en un abrir y cerrar de ojos.

Así que ya solo quedaba con vida la menor de las hermanas, que era la más inteligente. La joven siguió corriendo y corriendo sin parar hasta

que llegó a un bosque. Allí se encontró con un hombre, que le pidió que se detuviera y que le contara por qué corría tan rápido. Entonces ella se paró y empezó a relatarle todo lo que le había sucedido. Le dijo que la ogresa ya se había comido a todas sus hermanas y que ahora la estaba persiguiendo a ella para matarla.

El hombre, que era en realidad un príncipe, le prometió que la defendería. Se quedó esperando a la ogresa. Apenas asomó por el bosque, él se acercó y se enfrentó a ella; lucharon, y al final consiguió matarla.

Cuando por fin el peligro hubo pasado, los dos salieron del bosque. Luego fueron al palacio del príncipe y se casaron.

[Informante: N.-E.-H. B., de veinticuatro años y oriunda de Constantina (valiato de Constantina). Se lo contó una mujer de Souk Ahras (valiato de Souk Ahras). Registrado el 1/7/2015. Versión traducida del árabe]

Hamimes, la ogresa y su hija

(ATU 327A)

Había una vez un niño muy flaquito y muy débil, pero muy listo, que se llamaba Hamimes.

Una vez pasó cerca de una higuera y, como tenía hambre, se subió a la copa y se puso a sacudir las ramas para coger los higos. Y enseguida los higos empezaron a caer.

Hamimes empezó a comerse uno, y entonces una ogresa pasó debajo de la higuera y le dijo:

–Hamimes, ¿qué estás haciendo en ese árbol?

–Pues me estoy comiendo un higo, ogresa.

Y la ogresa le dijo:

–A mí también me apetece mucho un higo.

Y Hamimes le dijo:

–Pues es una pena, pero tú no puedes. ¡Eres demasiado gorda para trepar al árbol!

–En ese caso, coge un higo y dámelo.

Y dijo Hamimes:

–No puedo. ¡Si suelto una mano, me caeré!

–¡Pues cógelo con las piernas!

Y dijo él:

–Si lo cojo con las piernas, perderé los zapatos.

–¡Pues cógelo con la boca!

–Si lo cojo con la boca, perderé los dientes.

–¡Pues cógelo con los ojos!

–Si lo cojo con los ojos, perderé los párpados.

Y dijo la ogresa:

–¡Pues cógelo con la cabeza!

–Si lo cojo con la cabeza, perderé el pelo.

Hasta que por fin la ogresa le dijo:

–¡Pues gira la cabeza, Hamimes, y cógeme un higo!

Él giró la cabeza para coger el higo y en aquel momento perdió el equilibrio y se cayó del árbol. Se cayó directamente en el saco de la ogresa, que era lo que ella pretendía.

Cerró inmediatamente el saco con una cuerda, se lo echó a la espalda y se fue a su casa.

Pero la ogresa no quería comérselo enseguida. Antes quería cebarlo durante unos días para que se pusiera bien gordito.

Por el camino iba imaginando cómo estaría Hamimes cuando se pusiera más gordo. Entonces se puso a cantar:

–Hamimes, flaquito y pequeñito,
¡tienes que engordar
para que disfrute de tu carne!

Al llegar a casa lo dejó encerrado en un cuarto.

Todas las mañanas la ogresa le llevaba la comida a Hamimes y en aquel momento le miraba la uña pequeña para ver si estaba engordando o no. Y como la ogresa le daba muchísima comida, Hamimes empezó a engordar rápidamente.

El muchacho estaba muerto de miedo, porque pensaba que si seguía engordando tan rápidamente, pronto la ogresa lo sacaría del cuarto y lo mataría. Se puso a pensar en qué podría hacer para engañarla…

Como Hamimes era muy listo, se le ocurrió una idea. Atrapó a un ratón y le cortó el rabo. Y cada mañana, cuando la ogresa venía a ver cómo iba la uña, él le enseñaba el rabo del ratón.

Al principio ella no notó nada raro, pero luego empezó a sospechar. Hasta que un día le dijo:

–Hamimes, ¿cómo es posible que no hayas engordado nada con toda la comida que te estás comiendo?

Él le dijo que la comida que le estaba dando solo le valía para llenarse la tripa, pero que no era suficiente para engordar. La ogresa se lo creyó, y como ya quería comérselo lo antes posible, pensó que tendría que seguir dándole más comida. Aquella vez Hamimes se salvó por poco.

Al cabo de unos días el muchacho perdió el rabo del ratón y entonces no le quedó más remedio que enseñarle su verdadera uña. Cuando la ogresa vio que la uña estaba bien gordita, se puso muy contenta. Llamó a su hija y le pidió que preparara una olla grande para escaldarlo.

Antes de ir a ver a sus invitados, la ogresa le dijo a su hija que se quedara vigilando al muchacho y que se encargara ella de la cocina. Y como Hamimes estaba muy preocupado, se puso a silbar para olvidar que tenía miedo.

A la hija de la ogresa le gustó mucho cómo silbaba Hamimes y le pidió que siguiera haciéndolo. Pero a él se le habían quitado las ganas, porque iban a comérselo. Al final, como la hija de la ogresa siguió insistiendo, Hamimes le dijo:

–Pues, si quieres que siga silbando, déjame salir de esta jaula.

Entonces ella abrió la jaula. Hamimes le dio un empujón y la tiró al suelo. Le quitó la ropa y metió el cuerpo en el interior de la olla. Después se vistió con la ropa de la hija de la ogresa e hizo como si estuviera preparando la comida.

La ogresa entró en la cocina y le preguntó a su hija (*que era en realidad Hamimes disfrazado*) si la comida ya estaba lista y si la carne ya estaba tierna.

Y él le respondió:

–Se está cociendo, madre. Ya no le queda mucho. Voy a ponerlo en una bandeja grande para servírselo a nuestros invitados.

Cuando la carne ya estaba lista, la ogresa se la sirvió a sus invitados y se puso a comer con ellos.

En aquel instante Hamimes aprovechó para escaparse. Y una vez que estuvo a salvo, le gritó a la ogresa desde muy lejos:

–¡Hamimes se escapa, pobre ogresa!
A tu hija la echó en la olla.
¡Con mis propias manos la he cocinado,
y en tu estómago encontró su hogar!

Desde entonces la ogresa vivió el resto de sus días sola, penando y llorando por su hijita.

[Informante: S. D., de treinta años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Registrado el 12/11/2012. Versión traducida del árabe]

La mujer y el *djinn*[34]

(ATU 331)

¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo se pasó un hombre persiguiendo al *djinn* hasta que consiguió encerrarlo en una botella! Cuando por fin lo atrapó, lo metió en la botella. ¡Y ya está!

Un día su mujer se encontró la botella y la destapó. Por mucho que su marido le advirtió de que no tenía que quitarle el tapón, ella no le hizo ni caso. Pensó: "Este hombre ha escondido algo aquí. ¿Qué es lo que estará tratando de ocultar?". Y retiró el tapón.

En cuanto la hubo destapado, del interior salió un *djinn* enorme, y entonces la mujer le dijo:

–¡Has cabido en esta botella! ¿Quién te ha metido ahí dentro?

Y dijo el *djinn*:

–Ha sido tu marido.

Ella le respondió:

–¡Mentira! ¿Cómo has podido caber en esta botella tan pequeña? ¡Vuelve a meterte! ¡A ver si es verdad que cabes!

Y, sin más, el *djinn* se volvió a meter. Ella volvió a ponerle el tapón y luego cerró la botella. En un minuto lo había liberado y lo había vuelto a encerrar.

Cuando volvió su marido, ella le dijo:

---

[34] *Djinn* (del ár. clásico: جن), genio de los imaginarios de varios pueblos de Oriente Medio y del África septentrional que suele morar en los lugares sombríos y en los cursos de agua, especialmente en aquellos en que el agua se encuentra enfangada o sucia.

–Le he quitado el tapón a la botella.

–¿Qué? ¡Le has quitado el tapón! –dijo él.

–Pues sí, lo he hecho –respondió.

Y su marido dijo:

–Y ¿qué ha salido del interior?

–Ha salido un gigante.

Y su marido le dijo:

–¡Yo me pasé años y años persiguiéndolo hasta que por fin conseguí encerrarlo y tapar la botella! ¡Y tú lo has vuelto a meter en solo un minuto!

[Informante: S. K. de setenta y siete años y oriunda de Tigzirt (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 6/7/2013. Versión traducida del cabileño]

El monstruo que devoraba cadáveres

(ATU 363 + ATU 510B*)

Érase una vez un rey que tenía una hija muy guapa. El día en que la princesa cumplió veinte años, su padre pensó que había llegado la hora de buscarle un marido. Así que organizó una competición.

Llegaron los pretendientes, y el rey les propuso un acertijo. Les dijo que daría a su hija a aquel que lo resolviera.

Pero fue pasando el tiempo y todavía ningún pretendiente había encontrado la solución. Entonces apareció un candidato, un joven muy guapo y elegante, y la muchacha se enamoró de él a primera vista.

Como ella quería que fuera él su marido y no otro cualquiera, ella misma le ayudó a resolver el acertijo. Cuando llegó el momento, el muchacho dio la solución. El rey dijo que la respuesta era correcta, y los demás pretendientes tuvieron que marcharse.

El rey preparó la boda, y a los pocos días los novios se casaron. La boda duró siete días y siete noches.

Al principio todo iba bien. Los recién casados se querían mucho y eran muy felices. Después de la celebración el marido se llevó a su mujer a su castillo.

Pero una vez allí la situación empezó a empeorar. El primer día le dijo a su esposa que no podía abandonar el castillo. Le prohibió incluso que recibiera visitas. La novia tenía que quedarse encerrada y aislada. ¡Ni siquiera tenía derecho a ver a nadie!

Él no comía nunca delante de ella. Todos los días, en cuanto se ponía el sol, salía discretamente del castillo. Pasaba toda la noche fuera y no regresaba hasta el amanecer.

Un día la mujer empezó a preocuparse seriamente, porque su marido desaparecía una noche tras otra. Entonces se puso a seguirle para ver qué hacía durante tantas horas fuera del castillo. Se puso a vigilarlo todas las noches. Lo seguía a cierta distancia desde que se marchaba del castillo hasta que regresaba al día siguiente.

Y un día por fin ella descubrió lo que hacía su esposo y por qué lo hacía a escondidas. Y es que se iba al cementerio ¡y se ponía a devorar los cadáveres! ¡Por eso no comía nunca en su presencia!

Al día siguiente la muchacha fue al palacio de su familia. Buscó a su madre, la reina, y le contó lo que hacía su marido por las noches. Pero la reina no la creyó. Le quitó importancia a lo que le había dicho su hija porque pensaba que se había vuelto loca.

Así que la mujer decidió escaparse del monstruo. Se fue a ver a un carpintero para que le fabricara un ataúd de madera. Durante la noche se escondería en la caja y así podría salir del palacio sin que su marido se diera cuenta.

A la mañana siguiente, cuando iba por los campos, entre las vacas, el monstruo se dio cuenta de que su mujer se había escapado y se puso a buscarla por todas partes. Pero en ningún momento se le ocurrió que podría estar escondida en un ataúd.

Habían pasado ya diez días desde que la muchacha se había escapado del monstruo. Durante todo aquel tiempo ella había estado caminando escondida en la caja.

Un día llegó a una región muy grande que pertenecía a un rey muy poderoso. Como tenía mucha hambre, salió de la caja y empezó a beber la leche de una de las vacas que había en el prado. Y lo mismo hizo durante los días siguientes. Siempre bebía la leche de la misma vaca.

Hasta que, al final, un día el ganadero del rey notó que la vaca había adelgazado mucho. Quería saber por qué el animal había perdido tanto peso. Como sabía que el príncipe era muy curioso, fue a contárselo.

El príncipe se quedó muy sorprendido y pensó que alguien estaba bebiéndose la leche de la vaca. Así que los dos se pusieron de acuerdo para vigilar al animal.

Todas las noches salían del palacio, iban al prado y se ponían a observar el rebaño, escondidos entre los arbustos. Por fin una noche vieron que una muchacha muy guapa salía de una caja, que parecía un ataúd, y se ponía a beber la leche de la vaca.

Era guapísima, y nada más verla el príncipe se enamoró y decidió casarse con ella fuera como fuera.

En cuanto volvió al palacio fue a ver a su padre y le dijo:

–¡O me caso con esa muchacha o me quito la vida!

Y dijo el rey:

–Y ¿cómo se te ha ocurrido esa idea de casarte con alguien a quien ni siquiera conoces? Y ¿qué es lo que van a decir de nosotros en palacio cuando se enteren de que quieres casarte con la muchacha de la caja?

Y el príncipe le dijo:

–No me importa ni lo uno ni lo otro. Voy a casarme con ella.

La familia del rey quiso conocer a la mujer de la que se había enamorado el príncipe. Entonces fueron todos al prado para ver a la que era hermosa como el sol. Y cuando la muchacha salió del ataúd, todos los asistentes se quedaron de piedra. ¡Era de una belleza impresionante!

El monstruo, por su parte, no había olvidado a su mujer. Seguía buscándola. Iba preguntando por ella a todos los habitantes de la región hasta que un día, por fin, acabó dando con el carpintero que la había ayudado a escapar.

Lo interrogó y le amenazó con torturar a su familia si no le decía cómo había escapado su mujer. Al pobre carpintero le entró mucho miedo y acabó contándole la verdad.

La noticia de la boda del príncipe con la muchacha del ataúd se extendió por todo el reino. Todo el mundo hablaba de lo mismo, hasta que el asunto llegó a oídos del antiguo marido.

Entonces el monstruo robó una vaca, la mató y la desolló. Después se puso la piel para parecerse a una vaca de verdad y se fue al establo del rey para matar a su mujer.

Cuando terminó la boda, el príncipe y su esposa fueron al palacio del príncipe. Vivieron muy felices. Pero la felicidad solo duró unos días, porque una mañana el monstruo consiguió encontrarla.

La princesa había salido a pasear con sus criadas para tomar el fresco. En aquel momento el monstruo, cubierto con la piel de la vaca, salió y le dio un golpe. La muchacha volvió al palacio inquieta, porque una vaca la había atacado sin motivo.

El príncipe se enteró de lo que había sucedido, y decidió matar a la vaca inmediatamente. Les dijo a sus criados que la buscaran y que la degollaran.

Los criados se pusieron a buscar al animal, pero no lo encontraron por ningún lado.

Y dijo el príncipe:

–¡Qué raro!

Al cabo de tres días la vaca volvió al prado. El rey se enteró de que la vaca estaba paciendo en su reino y se empeñó en matarla con sus propias manos. Y así fue; mató a la vaca.

Y cuando se acercó al cadáver del animal vio que, en realidad, era un monstruo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que había salvado a su hijita y a su reino entero.

Desde aquel día todos vivieron tranquilos y la princesa nunca más volvió a hablar a su familia, porque en lugar de ayudarla, la habían tomado por loca.

[Informante: M. B., de diecinueve años y oriunda de Argel (valiato de Argel). Se lo contó su abuela, que es oriunda de Sidi Amar Cherif (valiato de Boumerdès). Versión recogida el 5/11/2012. Versión traducida del árabe]

La hermosa prometida y la madrastra malvada

(ATU 403)

Érase una vez un hombre que tenía dos hijos: un niño y una niña. (*No sé si eran huérfanos de madre o no*[35]).

Uno de esos días de Dios el muchacho se fue a la mezquita para estudiar[36] y se quedó allí con los demás estudiantes.

En cierta ocasión los alumnos estaban en clase, y el maestro les preguntó cómo eran sus hermanas, porque tenía la intención de casarse con alguna de ellas. Entonces los estudiantes fueron contándole uno por uno cómo eran sus hermanas. Uno le dijo que su hermana tenía tal profesión. Otro le dijo que la suya sabía cocinar… Cada uno de ellos le dijo algo sobre su hermana.

El muchacho tenía una hermana bella como el sol, que hacía que se cayeran luises de oro[37] cuando caminaba de una esquina a otra de la casa. Cuando ella lloraba, se ponía a llover; y cuando se reía, salía el sol. Pero al muchacho le daba vergüenza contarle aquello a su maestro.

Todos los estudiantes se pusieron a contar las virtudes de sus hermanas. Todos menos él, y por eso su maestro le pegaba con un palo. Así que

[35] Unas líneas después la informante mencionará que tenían una madrastra.

[36] En el pasado la gente solía estudiar en las mezquitas.

[37] *Luis de oro*, divisa francesa que estuvo en curso, de manera continuada, desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII.

poco a poco el muchacho fue perdiendo mucho peso.

Cuando su hermana lo vio en aquel estado, le dijo:

–Hermano, a ti ando dándote siempre lo mejor de la comida. Y te cuido muy bien… Pero has adelgazado mucho. ¿Por qué?

Su hermano le dijo:

–¡Hermana mía! Es que mi maestro me pega sin descanso. Todos los días en clase pregunta a los estudiantes cómo son sus hermanas. Y como yo no le digo nada, entonces me pega.

Su hermana le dijo:

–Y ¿por qué no se lo dices? Dile: "Tengo una hermana que, cada vez que camina de una esquina a otra de la casa, hace que caigan luises de oro; y cuando llora, se pone a llover. Cuando sonríe, sale el sol; y cuando se peina, hace que caigan diamantes".

Y el muchacho contestó:

–Entonces ¿quieres que le diga eso?

Y su hermana le dijo:

–Pues sí, díselo.

Al día siguiente, cuando fue a la mezquita, el muchacho le dijo a su maestro:

–Perdone, pero tengo algo que decirle.

Y dijo el maestro:

–¡Anda, dime!

–Como siempre insiste en que le diga algo sobre mi hermana, pues hoy, por fin, he decidido que se la voy a describir. Tengo una hermana que, cuando camina de una esquina a otra, hace que caigan luises de oro; y cuando llora, se pone a

llover. Cuando sonríe, sale el sol; y cuando se peina hace que caigan diamantes.

Y el maestro le dijo:

–¡Cuidado! ¡No se os ocurra prometerla a nadie en matrimonio! ¡Quiero casarme con ella!

El muchacho se fue a ver a su padre y le contó lo que le había dicho su maestro. Entonces el padre le dijo que a él le parecía muy bien aquella idea.

La mujer del padre pensó: "¡Ah! Conque ¿es eso? ¿Así que quiere casarse con ella? Pues ya veremos, ya…".

Cuando ya solo quedaba una semana (*o diez días*) para la boda, la muchacha le preguntó a la mujer de su padre:

–¿Qué es lo que se debe hacer antes de casarse?

Y su madrastra le contestó:

–Hija mía, antes de casarse, las novias dejan de comer. Las mujeres solo deben comer sal[38]…

Pero la había engañado. Le dijo que no debía comer durante siete días, que solo debía comer sal.

La muchacha le dijo:

–Entonces ¿qué es lo que tengo que hacer?

Y su madrastra respondió:

–Pues solo tienes que comer una pizca de sal. Nada más. Y ¡cuidado! ¡Ni se te ocurra beber agua!

[38] Antaño las mujeres argelinas no solían probar bocado antes de la boda para evitar hacer de vientre en la nueva casa, pues no había inodoros en el interior de los hogares. Según la tradición, también debían evitar comer sal los días previos al matrimonio.

Así que durante siete días la muchacha solo comió sal y pan. Estaba muerta de sed… Pero ¿qué podía hacer? No podía hacer nada.

Al final acabó convirtiéndose en una perdiz con patas rojas, color de alheña. Y se echó a volar.

Luego llegó el maestro y tomó por esposa a la hijastra. No le quedó más remedio que casarse con la hija de la mujer del padre[39], en lugar de casarse con la otra muchacha, porque se había convertido en perdiz.

Y una vez en casa el marido le pidió a su esposa que caminara de una esquina a otra. Su mujer obedeció; pero no cayó nada. Después le pidió que se pusiera a llorar; pero no empezó a llover. Luego le dijo que se riera; pero no salió el sol. Y cuando se peinaba, lo que caían eran insectos.

Entonces el maestro pensó: "Conque ese muchacho me ha engañado… ¡Pues que se prepare!". Y ¿qué hizo entonces? Se fue a buscar al hermano, lo colgó de un árbol y luego prendió fuego por debajo para que el humo subiera y el muchacho se fuera asfixiando poco a poco. Pensaba que no estaría bien que muriera rápidamente, porque lo que se merecía era sufrir antes de morir.

El maestro era un hombre rico que tenía jardines, huertas… Tenía de todo. Tenía hombres que trabajaban para él. Labraban sus campos y cultivaban sus huertas, y además hacían un trabajo magnífico.

[39] La informante olvidó mencionar que la madrastra había tenido una hija con el padre.

Entonces la perdiz se quedó pensativa: "¿Cómo voy a salvar a mi hermano, que está colgado encima del humo? ¿Cómo?".

Así que se quedó esperando hasta que los trabajadores acabaran de labrar el campo y terminaran su trabajo.

Ella, mientras tanto, se quedó en el árbol diciendo:

–¿Quién sabe lo que le pasó a mi hermano?
Está sobre el humo colgado.
¡Desbordaos, jardines, desbordaos![40]

Y se echó a llorar… De repente empezó a llover a cántaros. Llovió con mucha fuerza, y todo lo que habían hecho los trabajadores desapareció en un momento. El agua arrasó con todo, y solo quedaron en pie los árboles que habían plantado.

Al atardecer el maestro fue a ver sus tierras y vio que todo estaba deshecho y desolado. Se dirigió a sus trabajadores y les dijo:

–¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Y ellos respondieron:

–Nosotros hemos hecho un trabajo tan bueno que ningún otro hombre habría podido hacer. Pero por aquí suele venir un pájaro que dice cosas que no entendemos. Justo en ese momento se escucha un trueno, y al rato empieza a llover a cántaros ¡Y se hace de noche en un abrir y cerrar de ojos! Después el trabajo que hemos

[40] En cab.: *A men dra ḥab sultan? / Hatan ilaq iduxxan. / Sax, al ǧnan, sax!*

estado haciendo durante toda la jornada acaba echándose a perder.

Y dijo el maestro:

–Conque ¿es eso lo que está ocurriendo?

Y ellos le dijeron:

–Pues si no nos cree, la próxima vez venga con nosotros y podrá verlo con sus propios ojos.

A continuación volvieron a ponerse manos a la obra e hicieron un trabajo estupendo. En cuanto hubieron terminado le preguntaron al maestro:

–¿Le gusta cómo lo hemos dejado?

–Me gusta mucho. Es cierto que no existe en el mundo un trabajo mejor que este –respondió el maestro.

Y los trabajadores le dijeron:

–Pues ahora espere un poco, que enseguida llegará el pájaro.

Al momento llegó la perdiz, se posó en el árbol y empezó a decir:

–¿Quién sabe lo que le pasó a mi hermano?
Está sobre el humo colgado.
¡Desbordaos, jardines, desbordaos!

Y a continuación se echó a llorar. Después se puso a llover, y todo el trabajo de los labradores se echó a perder.

El maestro, cuando vio aquella escena, se fue a ver al herrero y le pidió que le hiciera una jaula que se abriera y se cerrara sola. El herrero le construyó una jaula que se abría sola y se cerraba desde el interior.

Al día siguiente los trabajadores volvieron a labrar la tierra, y la perdiz dijo lo mismo de siempre. Luego comenzó a llover, y todo lo que habían hecho los trabajadores desapareció en un momento.

Al cabo de un rato la perdiz vio la jaula y le gustó muchísimo. Se metió en ella, y de repente la puerta se cerró. Y ya no pudo salir.

El maestro se llevó a la perdiz, encerrada la jaula, a su casa. Allí la hermanastra de la muchacha convertida en perdiz dio a luz a una niña.

Entonces el maestro metió a la perdiz dentro del *akufi*[41]. Después le dio trigo y tapó el *akufi*. Al terminar le advirtió a su mujer:

–¡Si le pasara algo a esta perdiz, te comería a ti y me comería hasta la tierra por la que caminas!

Su mujer le respondió que ella no le iba a hacer nada.

Pasó el tiempo, y un día la niña de la hermanastra se puso enferma. (*Bueno, solo fingió que lo estaba*). Entonces la hermanastra de la muchacha convertida en perdiz le dijo a su marido:

–Por favor, sacrifica a esa perdiz para que nuestra hija se cure.

Su marido le respondió:

–¡Pues que no se cure! Si nuestra hija quiere morirse, por mí que se muera…

Y su mujer le dijo:

[41] *Akufi* (pl. *ikufan*), gran tinaja de arcilla –indispensable en las antiguas casas bereberes– en la cual se solían almacenar higos y cereales.

–¿Por qué dices eso? Tenemos una perdiz en casa, y si la sacrificamos, seguro que nuestra hija se curará.

–¡Que se muera! ¡No me importa! –le dijo su marido.

La mujer no le dijo nada más y esperó a que su marido se marchara. Entonces llamó a sus sirvientes para que sacaran a la perdiz del *akufi*, y luego la degolló justo a la entrada de la puerta.

La sangre de la perdiz se convirtió en una mata de juncos. Y los juncos cubrieron completamente la entrada de la casa.

Cuando volvió su marido, no pudo pasar a casa y pensó: "¿De dónde habrán salido todos estos juncos?".

No se había enterado de lo que su mujer le había hecho a la perdiz. Así que le preguntó:

–¿De dónde han salido todos estos juncos?

Y su esposa le respondió:

–Y ¿yo qué sé?

Después el maestro llamó a sus sirvientes y les dijo que cortaran la mata. Ellos la cortaron, pero al día siguiente los juncos volvieron a crecer. Y de nuevo los trabajadores volvieron a cortarlos. Pero cada vez que los cortaban, los juncos volvían a brotar.

Al final el maestro se fue a ver al anciano sabio y le contó lo que estaba ocurriendo. Le dijo:

–¡Oh, viejo sabio! Si supieras lo que ha sucedido… En la entrada de mi casa ha crecido una mata de juncos. He ordenado a mis sirvientes que la corten, que no dejen ni rastro de ella. Pero cada vez que la cortan, a la mañana siguiente, los

juncos vuelven a crecer en la entrada y me cierran el paso a la casa. ¿Qué tengo que hacer?

El sabio le respondió:

–¿No habrás hecho algo malo, por casualidad?

–Pues no, yo no he hecho nada –respondió el maestro.

Y el sabio insistió:

–¿No habrás hecho sufrir a alguien?

Y dijo él:

–He castigado a un muchacho. Lo he dejado colgado y he prendido fuego debajo para que suba el humo.

El sabio le dijo:

–En ese caso, vete inmediatamente a buscarlo y descuélgalo para que corte él la mata de juncos. Y luego ya verás…

El maestro se fue a buscarlo. Descolgó al muchacho y después le pidió que cortara los juncos. El muchacho empezó a cortarlos y a cortarlos hasta que llegó a la mitad del montón, donde la mata era la más gruesa. ¡Y allí estaba su hermana, la perdiz, convertida otra vez en muchacha!

Y justo en el momento en que su hermano estaba a punto de cortarla a ella, su hermana gritó:

–¡Despacio, hermano, despacio! ¡Que soy yo!

Al instante salió del montón de juncos una mujer de gran belleza.

El muchacho dijo:

–Esta era la que estaba entre los juncos.

Y el maestro le preguntó:

–¿Se puede saber quién eres tú? Y ¿qué haces ahí?

La muchacha le dijo:

–¿Que qué es lo que me ha traído aquí? La que está en esa casa es mi hermanastra, la hija de mi padre. Cuando le pregunté a mi madrastra qué hacía la gente cuando se acercaba el momento de la boda, ella me respondió que las mujeres solo tenían que comer sal.

Su marido le preguntó:

–Y tú ¿qué hiciste?

Y ella le dijo:

–Mi hermano se fue a estudiar a la mezquita. Una vez allí todos los estudiantes se pusieron a hablar de sus hermanas; todos menos él. Cuando le pedí que él también te hablara de mí, él te dijo que su hermana hacía que cayeran luises de oro cuando caminaba de una esquina a otra; que hacía que se pusiera a llover cuando lloraba; que, cuando sonreía, hacía salir el sol; y que, cuando se peinaba, caían diamantes.

Entonces el maestro le dijo:

–Pues si es así… A ver, ¡péinate!

Ella se puso a peinarse, y al momento empezaron a caer diamantes.

Y luego le dijo:

–¡Ahora ponte a llorar!

Ella comenzó a llorar, y otra vez empezó a llover a cántaros.

Él le dijo:

–¡Sonríe!

Y enseguida salió el sol, como si fuera verano.

Y por fin le dijo:

–¡Ahora camina!

La muchacha se puso a andar, y a medida que iba caminando iban cayendo luises de oro de una esquina a otra de la casa.

Entonces el maestro le dijo:

–¡Me han engañado!

Después degollaron a la otra mujer. La cocinaron y se la ofrecieron a su propia madre como regalo.

Mi cuento ha terminado.

[Informante: F. S. de setenta años y oriunda de Tadmait (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 3/11/2013. Versión traducida del cabileño]

Luna del sol

(ATU 404)

Uno de esos días de Dios había una mujer que cuidaba de tres muchachos: dos niñas y un niño. De los tres, había solamente una que era su verdadera hija. Los otros dos no eran hijos suyos. Eran los hijos de la primera mujer de su marido. El padre se volvió a casar con la mujer y había tenido una niña con ella.

La mujer estaba celosa de sus hijastros. No le gustaba en absoluto que su hijastra fuese mejor que su propia hija. Quería que su hija fuese la única que brillara y que fuera mejor que la otra en todo.

Pero la verdad era que la hijastra, que se llamaba Agur n Itidj[42], era mucho más guapa que su hija. Era realmente guapa; tanto como el sol y la luna. Y precisamente por eso le dieron ese nombre al nacer, para expresar su belleza. Fue su difunta madre quien le puso aquel nombre.

Su madrastra se moría de celos y siempre decía:

–¡Tengo que quitarle esa belleza y conseguir que no vuelva a reírse nunca más en la vida!

[42] El antropónimo cabileño *Agur n Itidj* está compuesto por los términos bereberes *agur* ("luna") e *iṭj* ("sol") unidos por la preposición *n* ("de"), lo que viene a significar "luna del sol". En el cuerpo del texto hemos reemplazado la grafía cabileña *ṭj* a la francesa *dj*, por resultar esta última menos opaca a los lectores hispanohablantes. En muchos cuentos cabilios son recurrentes las alusiones al sol y a la luna como expresiones metafóricas de la belleza de las protagonistas.

Además solía hablar a escondidas con su hija y le decía:

–Mira, ten cuidado. No permitas que esa sea mejor que tú. Tienes que casarte tú primero. Tengo previsto entregársela al primer muerto de hambre que se presente en casa con la intención de pedir su mano. No se la voy a entregar a un buen pretendiente. Si un día llega a casa un pretendiente que sea un buen partido, pues te entregaré a ti en su lugar.

Su hija le pidió que no lo hiciera, porque, a fin de cuentas, ella era su hermanastra. Pero su madre le dijo:

–¡No! No me importa nada que sea tu hermanastra.

Y como la mujer no encontraba la manera de vencer a su hijastra, se inventó algo nuevo. La obligó a levantarse cada día a las cinco de la mañana para ir a la fuente a coger agua.

Le dijo:

–¡Tú arréglatelas como te dé la gana! ¡Pero quiero que te levantes cada día a las cinco de la mañana para ir a coger agua antes de que lleguen todas las mujeres a la fuente y se te adelanten!

Su hijastra le dijo:

–Y ¿por qué no lo hacemos por turnos? Que un día vaya tu hija, y al día siguiente voy yo. ¡Pero no siempre yo! Tu hija ya es mayor y sabe de sobra ir a la fuente ella solita.

La madrastra le dijo:

–¡No, mi hija se queda en casa para hacer las tareas domésticas y para cocinar!

Porque, en realidad, la madrastra ya lo tenía todo planeado. Le había dicho a su hija que se

quedara en casa para que aprendiera a cocinar y para que supiera hacer las tareas de casa mejor que su hermanastra. A su hijastra la iba a convertir en una esclava; solo la mandaba a ella a coger agua.

La madrastra la obligaba a levantarse todos los días a las cinco de la mañana y le decía:

–¡Venga, que ya es hora de ir a coger agua!

Al escuchar aquello Agur n Itidj se levantaba asustada y salía de casa. Se ponía a caminar y caminaba y caminaba a oscuras.

Un día, cuando todavía no había amanecido, llegó al camino de la fuente y allí vio a unos viejos que estaban sentados. Parecía como si estuvieran reunidos. Entonces la muchacha les dijo:

–¡Buenos días, santos guardianes! ¡Buenos días!

Pero ellos no se apartaron del camino. No le dejaron que pasara.

Entonces la muchacha volvió a decir:

–¡Buenos días, guardianes! Dejadme pasar para ir a coger agua.

Porque ellos se habían plantado justo en la mitad del camino. Se habían colocado formando una barrera.

Pero seguían sin responderle nada, y entonces ella continuó su camino. Cuando se acercó, de repente, los viejos se esfumaron sin que ella se diera cuenta siquiera.

Después siguió caminando hacia la fuente y empezó a llenar la tinaja en uno de los chorros de agua.

De regreso a casa, volvió a encontrarse a los ancianos en el mismo lugar y les dijo:

–¡Buenos días, guardianes! ¡Dejadme pasar!

Siempre pasaba lo mismo. Así hasta cuatro o siete veces.

Un buen día aquellos viejos la vieron, y entonces uno de ellos les dijo a los demás:

–A esa muchacha que pasa todas las mañanas y nos saluda a la ida y a la vuelta ¡le daré aún más belleza! ¡Que la virtud vaya tras ella adonde vaya! ¡Que salgan estrellas cuando se peine los cabellos! ¡Que salga el sol cuando sonría! ¡Que se ponga a llover cuando se sienta triste y llore!

Y así fue como la muchacha se llevó la bendición de aquellos ancianos.

Pasó el tiempo, y un día la muchacha se quedó en casa y no fue a la fuente a coger agua. Empezó a peinarse el cabello y, de repente, comenzaron a salir estrellas y chispas por todas partes.

La mujer de su padre se quedó pasmada, porque vio que las estrellas salían de su pelo como si fueran oro. Y entonces se dijo a sí misma: "¿Qué es esto? Yo la enviaba a la fuente pensando que iba a quitarle su belleza. ¡Pero lo que he conseguido con eso es añadirle todavía más belleza!".

Entonces le ordenó:

–¡Deja de peinarte! ¡Ahora mismo!

La muchacha se puso muy triste, porque su madrastra le había echado en cara algunas cosas. Entonces se puso a llorar y, de repente, empezó a llover muy fuerte. El viento comenzó a soplar…

La madrastra fue rápidamente a cerrar las ventanas y las puertas de la casa, porque la lluvia estaba entrando en casa.

Mientras tanto la muchacha estaba muy triste. Y entonces la madrastra empezó a insultarla. Le dijo:

–Pero ¿qué has hecho? ¡Tienes la pura cara de la maldad!

Pasó un rato y Agur n Itidj dejó de estar triste. Empezó a reírse, porque había entendido lo que había pasado. Entendió que los viejos habían rezado por ella y que le habían echado su bendición. En aquel instante salió el sol y los rayos entraron en casa.

La madrastra ya no pudo soportarlo más. ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Qué podía hacer?

Pues se fue a ver a su hija y le dijo:

–Mira, te voy a enviar a vigilarla para que te enteres de adónde va y qué ha hecho para que le ocurra todo eso. Que ella no vuelva nunca más a la fuente. A partir de ahora irás tú en su lugar.

La madrastra despertó a su hija a las cinco de la mañana. Pero ella no quiso levantarse y le respondió:

–¡Déjame dormir! ¡Déjame dormir!

Y es que la otra no estaba acostumbrada a levantarse a aquellas horas. Pero su hijastra, en cambio, se levantaba nada más tocarla.

Entonces, como su hija seguía sin querer levantarse, se puso a darle golpes y a gritarle:

–¡Te he dicho que te levantes! ¡Levántate!

Por fin se levantó, y la madre le ordenó que hiciera lo mismo que su hermanastra. Así se

enterarían de lo que había hecho para que le ocurrieran todos aquellos milagros.

Su hija se marchó de casa, y al llegar a la fuente, se encontró a los ancianos. Como la muchacha no había sido bien educada, no conocía la cortesía sino la violencia; así que empezó a gritarles muy fuerte:

–¡Perdición! Y ¡mierda! ¡Dejadme pasar! ¡Que os caiga una desgracia! ¡Locos! ¡Diablos! ¡Dejadme pasar!

Como los ancianos seguían sin apartarse, entonces ella continuó su camino. Se metió entre ellos. Los ancianos la empujaron y ella acabó cayéndose al suelo. Se levantó enseguida y se dirigió a la fuente. Después cogió agua y volvió.

También a la vuelta se los encontró allí. Entonces empezó a darles gritos justo delante de los ancianos:

–¡Que os llegue la perdición! ¡Locos! ¡Diablos! ¡Dejadme pasar!

Volvió a casa y le contó a su madre lo que le acababa de ocurrir en la fuente. Le dijo que se había encontrado con unos viejos que estaban sentados en la mitad del camino.

Su madre le preguntó:

–Y ¿tú qué hiciste?

–Pues les dije: "¡Que os llegue la perdición, diablos! ¡Dejadme pasar!".

Y su madre le dijo:

–Y ¿cómo te las apañaste para pasar?

–Pues me metí entre ellos, y me empujaron. En aquel momento me caí, pero me levanté enseguida.

Su madre le dijo que tenía que volver a la fuente para enterarse bien de qué estaban haciendo allí aquellos viejos.

Así que al día siguiente su hija fue de nuevo a la fuente. Se los volvió a encontrar en el mismo lugar y empezó a insultarles como la otra vez.

Los ancianos se enfadaron y la maldijeron:

–Como has venido con palabras tan malas, ¡te daremos piojos! ¡Que los diablos y la desgracia te sigan allá adonde vayas! ¡Que no ocurra nada cuando hables! ¡Que sea como si no hubieras abierto la boca! Y cuando te rías, que sea como si no te hubieras reído. ¡Y que caigan de tu pelo piojos y suciedad cuando te peines!

Al escuchar aquello la muchacha volvió a decir:

–¡Que os caiga una desgracia! ¡Diablos! ¡Locos!

Y se marchó a casa. Le dijo a su madre que mientras iba andando escuchó que ellos la maldecían.

La madre le dijo:

–Ya, pues ahora entiendo todo…

Y entonces la madre le preguntó a su hijastra:

–Y ¿tú qué solías decir a esos viejos cuando los veías?

Y ella le dijo:

–Pues yo les decía: "¡Buenos días, guardianes de este lugar! ¡Santos! ¡Dejadme pasar!".

Y la madrastra le preguntó:

–Y ¿ellos qué te respondían?

–Me dieron su bendición. Me dijeron: "¡Que salgan estrellas y chispas cuando te peines! ¡Que caiga lluvia cuando llores!".

La madrastra la encerró en casa y le prohibió que volviera a la fuente. Le dijo que ya no necesitaba que fuera a buscar agua.

Pasó el tiempo, y empezaron a llegar pretendientes. Un día llegó el hijo del sultán para pedir la mano de Agur n Itidj.

Como la madre se quemaba de rabia por dentro porque quería que fuese su hija quien se casara, se dijo a sí misma: "¡Ay, habéis venido por esta! ¿Por qué no habréis venido a buscar a mi hija? ¿Qué es lo que no tiene mi hija?".

Los pretendientes dijeron que ellos habían venido a buscar a la muchacha mayor, porque la mayor era la que debía casarse primero.

Entonces la madre fue a ver a su marido y le dijo:

–Y ¿ahora qué? ¡Yo voy a darle a mi hija!

Su marido le respondió:

–¡No, yo voy a entregar a la mayor! Se casará primero la mayor; luego ya vendrá el turno de la menor.

(*Antes era así. Primero los padres casaban a la mayor de las hijas, y luego casaban a la menor. Ahora las cosas han cambiado; si vienen a buscar a la menor, pues se la entregan, y ya está*).

La madre se dijo a sí misma: "Esto no se va a quedar así. Voy a preparar un pan redondo y lo voy a llenar de sal". Y luego le dijo a su hija:

–Le vamos a preparar un pan redondo y lo llenaremos de sal. En cuanto llegue la familia del novio para llevársela a su nueva casa, le

entregaremos el pan para que Agur n Itidj vaya comiéndoselo por el camino. Cuando le entre hambre, se lo irá comiendo poco a poco, y yo le pediré que me entregue sus ojos a cambio de un poco de agua. Después tú podrás ocupar su lugar.

Su hija le dijo:

–¿De verdad le vas a hacer eso, madre?

Y ella dijo:

–Sí, hija, de verdad.

Y dijo:

–Y ¿serás capaz de hacerlo?

La madre respondió:

–Sí, claro que podré hacerlo, hija.

Y a continuación empezaron a celebrar la boda, que duró siete días y siete noches.

Llegó la familia del pretendiente. Trajeron vestidos, corderos… Los sacrificaron e invitaron a todo el mundo. Todo el pueblo se enteró de que el hijo del sultán iba a casarse con Agur n Itidj. Y todo el mundo empezó a hablar de su belleza…

Cuando por fin llegó el momento de llevarse a la novia, su familia la ayudó a montar en el caballo (*o en el camello*), porque iba a viajar lejos. Adornaron el caballo y luego se marcharon.

La madrastra y hermanastra se fueron con ella. También la acompañaron unos miembros de su familia. La madrastra se llevó comida en un saco. Y a la novia la metieron en un palanquín en el lomo del caballo.

Como aquel día hacía mucho calor, hacia la mitad del camino la novia le dijo a la madrastra:

–¡Qué hambre tengo! Estoy muerta de hambre.

Su madrastra le respondió:

–Mira, te he traído un pan redondo para que te lo vayas comiendo por el camino. ¡Toma, toma! ¡Come pan!

Se lo dio y le dijo:

–Si quieres, puedes comértelo entero.

Y ella dijo:

–Dame solo un poco.

La madrastra le cortó un pedazo y se lo dio para que se lo fuera comiendo. Luego la novia siguió comiendo hasta que se quedó bien saciada. No dejó casi nada del pan.

Siguieron caminando y caminando, y al cabo de un rato la novia dijo:

–¡Ay, qué sed tengo! ¡Quiero beber agua!

Y dijo la madrastra:

–¡Antes tenías hambre y ahora tienes sed!

Dijo ella:

–¡Por favor, dame un poco de agua! ¡Será una obra mejor que si hicieras una peregrinación a La Meca[43]!

Y dijo:

–Pues si quieres beber agua, tendrás que dejar que te arranque un ojo.

Y mientras tanto su hija iba escuchando toda la conversación. No se perdió detalle de la escena.

Entonces dijo Agur n Itidj:

–¿Que deje que me arranques un ojo? Y ¿se puede saber cómo voy a apañármelas yo para ver?

Dijo:

[43] *Será una obra mejor que si hicieras una peregrinación a La Meca* (en ár. dialectal: خير من لِدير حجّة, expresión argelina que acompaña a las peticiones y súplicas para indicar que, si la persona accediera a ayudarlo, en la otra vida Dios le daría mejor recompensa que si hiciera una peregrinación a ciudad santa.

–Pues así son las cosas. Si quieres beber agua, tendrás que dejar que te arranque un ojo.

La novia aceptó y le dijo:

–Bueno, puedes arrancármelo.

Y, sin más, la madrastra le arrancó un ojo. Lo metió en un trapo y después lo escondió en el saco.

Le dio agua para beber. Pero solo le dio un poquitito, apenas un trago, y luego le quitó la jarra enseguida. La madrastra no le dejó beber hasta que se quedara saciada, porque había planeado muy bien lo que iba a hacer.

Y después siguieron caminando y caminando. Al cabo de un rato la novia volvió a decirle:

–¡Por favor, dame un trago más de agua! ¡Ya no puedo más! ¡Estoy muerta de sed!

A la novia le había entrado tanta sed porque su madrastra había echado mucha sal en la comida que le había dado. Ella ni siquiera se había dado cuenta, porque tenía mucha hambre.

La novia volvió a decirle:

–¡Por favor, date prisa! ¡Dame de beber!

La madrastra le dijo que, si quería beber más agua, tendría que dejar que le sacara el otro ojo.

La novia le dijo:

–Y ¿lo que quieres es que me quede ciega como un taburete? ¿Pretendes que no pueda ver nada de nada?

Y dijo la madrastra:

–A mí eso no me importa. Si quieres beber agua, tendrás que dejar que te arranque el otro ojo. Escoge entre tu ojo y el agua.

Como la novia tenía mucha sed, se le quemaba la garganta y se le secaban las venas, no le quedó más remedio que decirle:

–¡Te lo doy! ¡Arráncalo!

Entonces le arrancó el otro ojo y la dejó ciega como un taburete. Después escondió su ojo en un trapo. La muchacha ya no podía ver nada de nada.

Al rato la madrastra abrió la puerta del palanquín que le habían hecho a Agur n Itidj en la grupa del caballo y se puso a llamarla:

–¡Eh, tú!

Y en cuanto la novia se asomó para enterarse de qué quería, la otra la empujó por un precipicio.

Pero antes de hacer aquello, le dijo a su hija:

–¡Deprisa! ¡Quítate la ropa!

A su hija le dio la ropa de su hermanastra, que era brillante. Después la colocó a ella en el lugar de la novia. A Agur n Itidj la tiró por un precipicio. La dejaron allí abandonada, tirada por el camino.

Se fueron y continuaron caminando sin que nadie se enterara de lo que había ocurrido. La tiraron por el precipicio, y, mientras tanto, el caballo seguía caminando y los sirvientes lo iban guiando.

Llegaron a la casa del sultán y allí se encontraron con muchos invitados. Había músicos, bailarines y cocineros. Sacrificaron bueyes y todo. Todo el mundo estaba invitado: los campesinos, los flautistas… Y todo el mundo cantaba.

En cuanto vieron llegar a la comitiva las mujeres empezaron a gritar albórbolas. Luego bajaron a la novia del caballo y la condujeron hasta el interior casa. En aquel momento la madre se puso muy contenta, porque estaba segura de que nadie se había dado cuenta del cambio.

La novia impostora se sentó, y el hijo del sultán se acercó a ella para retirarle el velo. Pero nada más verla se dio cuenta de que aquella no era la mujer con la que él quería casarse.

Entonces dijo:

–¡Esta no es la mujer a la que pedí la mano!

Se fue a ver a su padre, el sultán, y le dijo:

–¡Padre, padre!

Dijo:

–¿Qué ocurre?

El hijo fue corriendo a buscar a su padre, que estaba entre toda la multitud, y le pidió que detuviera la celebración de la boda.

Su padre le dijo:

–¿Cómo? ¿Me he gastado una fortuna para que ahora me pidas que no celebremos la boda?

Y dijo el príncipe:

–La que ha venido no es la muchacha a la que pedimos la mano.

Al momento el padre se fue al lugar donde estaban bailando las mujeres, para comprobar si era verdad lo que le había dicho su hijo. Les ordenó a las todas que se apartaran y les fue retirando los velos una por una. Cuando le llegó el turno a la novia, el rey se quedó pasmado y gritó:

–¡Uf, qué fea es esta! ¡No es esta a la que pedimos la mano! Pero ¡si esta es un mochuelo! ¿Es esta la que nos han dado?

Luego se dirigió a la madrastra y le dijo:

–¡Por Dios, mujer! ¿Dónde está la muchacha a la que pedimos la mano?

Y dijo ella:

–Esta es.

Y el sultán volvió a preguntar:

–¡Mujer, por Dios! Dinos ¿dónde está la muchacha a la que pedimos la mano?

Ella volvió a decir:

–¡Te digo que es esta!

Y él insistió:

–¡Que no! ¡Que no es esta! Y ¿dónde está su hermano?

Y ella dijo:

–Se ha quedado vigilando la casa. Solo hemos venido mis hermanas y yo. Hemos traído a la novia y ¿ahora empiezas a hacernos un interrogatorio?

Él le dijo:

–¿Dónde está la que se llama Agur n Itidj?

Y la madrastra contestó:

–¿Te refieres a esa que no tiene ni madre ni nadie? ¡Pero si esa ni siquiera es una mujer!

Y a continuación empezó a decir maldades sobre su hijastra. Les dijo que su hija era mucho mejor, que su hija tenía madre y padre. Y que, claro, no era lo mismo… No tenían ni punto de comparación.

Ellos le dijeron:

–Nosotros no queremos a esta. Esta muchacha no es a la que nosotros pedimos la

mano. ¡No puedes obligarnos a que nos quedemos con la que no queremos! ¡Y ahora mismo nos vas a decir dónde está la novia!

Entonces la madrastra les dijo:

–Preguntadle a su hermano y él os dirá dónde está. Yo la he dejado en casa, porque no quiso acompañarnos. Como ella no quiso venir, a mí me dio vergüenza. Y como no se me ocurría nada que hacer, pues le puse el vestido a mi hija y me la traje hasta aquí en su lugar. ¡Fue ella la que os rechazó!

La madrastra les dio aquella excusa para quitarse de encima la responsabilidad.

El sultán le dijo a su hijo:

–Ahora mismo te montas en tu caballo y te traes a su hermano. Él se encargará de arreglar este asunto.

En realidad, la madrastra había dejado a su hijastro en casa para que no se enterara de lo que pretendía hacer.

El hijo del sultán se fue corriendo a la casa donde estaba el hermano. Lo llamó, y nada más abrirle la puerta, le preguntó:

–¿Se puede saber por qué no has ido a la boda?

Y dijo:

–Porque me he quedado vigilando la casa. Mi padre me pidió que me ocupara de vigilarla.

Y dijo el sultán:

–¿Dónde está tu hermana?

Dijo:

–Mi hermana se vistió de novia y se fue en el cortejo nupcial en dirección a vuestra casa.

Dijo el príncipe:

–Pero no fue ella la que llegó a nuestra casa.

Y dijo el hermano:

–Entonces ¿dónde está mi hermana?

Y el otro respondió:

–Yo creo que se había quedado en su casa. Su madrastra me dijo que se había quedado allí.

Los dos se quedaron muy preocupados y se fueron rápidamente a buscarla. Emprendieron el camino a la casa del sultán. A medida que iban caminando por el bosque iban oyendo gritos. Eran los de Agur n Itidj, que estaba llamando a su hermano. Estaba gritando su nombre.

Él la escuchó y le pidió al hijo del sultán que le diera su permiso para bajar y enterarse de lo que estaba ocurriendo, porque se temía que fuese su hermana la que estaba dando aquellos gritos. Pero el príncipe le dijo que primero tendrían que ir a su casa para comprobar si la muchacha que estaba allí era, de verdad, su hermana. Luego volverían a enterarse de lo que estaba sucediendo en el bosque.

Así que el príncipe y el hermano siguieron caminando en dirección a la casa del novio.

Mientras tanto una paloma blanca, muy blanca, se acercó a Agur n Itidj y empezó a revolotear y a dar gritos alrededor de su cabeza. Entonces la paloma le preguntó:

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando, muchacha?

Agur n Itidj le dijo:

–¡Por Dios, paloma! ¡Ayúdame! Te prometo que, si me echas una mano, yo también te ayudaré.

La paloma le preguntó:

–¿Qué te ocurre?

Y ella le dijo:

–Mi madrastra me ha arrancado los ojos. Por el camino me entró mucha hambre, así que le pedí que me diera algo de comer. Ella me ofreció un pan lleno de sal. Como me entró sed, tuve que pedirle que me diera un poco de agua. Pero ella me respondió que, si quería agua, me daría dos tragos; pero a cambio me arrancó los dos ojos. Y después me tiró por un precipicio.

La paloma le dijo que no se preocupara y le prometió que le iba a devolver los ojos. A continuación se fue a buscar una hierba que ella conocía. Era una hierba que tenía un poder curativo. (*Porque antiguamente los animales sabían qué hierbas eran buenas y cuáles no lo eran*).

Así que la paloma arrancó la hierba con el pico y empezó a masticarla. Luego fue a un charco de agua y se puso a mojar las hojas. A continuación volvió al lugar donde estaba Agur n Itidj. Apretó la hierba contra los huecos de los ojos de la muchacha y en aquel momento se escurrieron unas gotas. Y cada vez que caía una de esas gotas, la paloma volvía a arrancar más hierba. En cuanto hubo terminado repitió lo mismo con el otro hueco del ojo. ¡Y lo hizo todo con el pico!

Y así hizo la paloma hasta que todo el jugo de la hierba se metió las oquedades de los ojos. Entonces la muchacha recuperó los ojos. (*¡Tal es el poder de Dios!*).

Agur n Itidj recuperó la vista. Volvió a ver. Enseguida le dio las gracias a Dios. Y después dijo:

–¡Puedo ver! ¡Ya puedo ver otra vez! Dime lo que quieres y te lo daré. ¡Te daré todo lo que me pidas, paloma de la sagrada Meca!

La paloma le dijo:

–Tú eres Agur n Itidj. Eres muy guapa. Dios te hizo así, huérfana. Lo que quiero es que me digas quién rezó por ti para que saliera el sol cuando te ríes, para que cayera la lluvia cuando lloras, y para que brillara tu cabello cuando lo peinas. Eso mismo es lo que yo quiero. ¡Quiero que me ocurra lo mismo a mí también!

La muchacha le dijo:

–¡Pues te voy a dar ese poder!

Y enseguida la muchacha se puso a rezar la *Fatiha*[44] y a decir unos versículos del Corán. Decía:

–Dios, esto y lo otro…

Luego la muchacha le preguntó por qué quería tener esos poderes. Y la paloma le respondió:

–Porque mi hermana se ha marchado y me ha abandonado aquí sola. Un día estábamos las dos juntas en la fuente, y justo en el momento en que estábamos poniéndonos nuestras chilabas para marcharnos, llegó el chacal con la intención de comernos. Mi hermana se puso su chilaba y se marchó. Pero yo, como estaba muy a gusto en la fuente, quise quedarme un poco más allí lavándome los pies. Yo no me di prisa. Mi hermana se fue al país que atrae a los pájaros. Y, ahora, lo que yo quiero con este rezo es deshacer el trabajo de los campesinos. Porque así, cuando terminen de cultivar la tierra, yo me pondré a

[44] *Fatiha* (del ár. clásico: الفاتحة), primera azora del Corán.

llorar para que empiece a llover, de modo que su trabajo quedará deshecho. Y por la mañana me pondré a sonreír para que salga el sol y los trabajadores vengan a cultivar los campos. Pensarán que hace bueno, aunque en realidad no lo hará...

Pero, con aquella historia, lo que en realidad quería la paloma era enterarse de dónde estaba la hermanastra de Agur n Itidj.

Al cabo de un rato el hijo del sultán y el hermano de Agur Gutige volvieron al lugar del bosque donde habían escuchado los gritos. Una vez allí volvieron a escuchar a la muchacha, que les decía:

–¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Y ellos decían:

–¿Dónde estás?

Y ella respondió:

–¡Acercaos al precipicio, que yo no puedo subir!

El hermano y el novio bajaron por el barranco. Corrieron y corrieron tras la voz de la muchacha hasta que por fin la vieron a lo lejos.

Todo el bosque era negro, pero el lugar donde estaba la muchacha brillaba y brillaba, porque ella era Agur n Itidj. Entonces los dos hombres fueron siguiendo la luz hasta que por fin la encontraron.

La ayudaron a montar en el caballo y se la llevaron a casa. Una vez allí vieron a la madrastra sentada al lado de su hija.

Todo el mundo bailaba pensando que ella era la novia. Pero, cuando llegó Agur n Itidj, los músicos soltaron sus instrumentos, los cocineros

dejaron caer las cucharas… Y todos empezaron a correr detrás del novio.

Las mujeres gritaron albórbolas, y el sultán se puso muy contento. Todos los invitados dejaron lo que estaban haciendo en aquel momento para ir a verla.

Luego sacaron de la casa a la madrastra y a su hija. Las colocaron en el caballo y las tiraron por un precipicio, exactamente el mismo por el que habían tirado antes a Agur n Itidj.

Y entonces por fin ella volvió a ser la novia.

Mi cuento va
de un lado a otro,
y quien lo escucha
ya no sufrirá más[45].

[Informante: N. H., de cincuenta y cinco años y oriunda de Beni Douala (valiato de la Gran Cabilia). Registrado el 26/11/2013. Versión traducida del cabileño]

[45] *Mi cuento va de un lado al otro, y quien lo escucha ya no sufrirá más* (en cab.: *Tamacahut iw erif, erif. Anwa sissyan adikfu felass l hif*).

MITÁFORAS

EDITORIAL

DIRECTORES

Óscar Abenójar · José Luis Garrosa · José Manuel Pedrosa

CONSEJO EDITORIAL

José Luis Agúndez · Sergio Callau · Alberto del Campo Tejedor · Eva Belén Carro Carbajal · Xochilquetzali Cruz Martínez · Daniel Escandell Montiel · David González Ramírez · Desirée López Bernal · Josemi Lorenzo Arribas · David Mañero Lozano · Francisco Molina Moreno · Laura Puerto Moro · Bernadett Smid

CONSEJO ASESOR

Martín Almagro Gorbea · Susana Asensio Llamas · Cristina Azuela · Xaverio Ballester · Luis Beltrán Almería · Martha Bremauntz · Araceli Campos Moreno · Claudia Carranza Vera · Gerardo Fernández Juárez · Antonio Domínguez Leiva · Ángel Gari Lacruz · Francisco Miguel Gil · Luis Miguel Gómez Garrido · Raúl Eduardo González · Luis González Fernández · José Manuel González Matellán · Margit Frenk · Gustav Henningsen · Carolina Ibor Monesma · María Jesús Lacarra · Miguel Manzano · María Antonia Martín Zorraquino · Alejandro Martínez de la Rosa · Mariana Masera · Gabriel Medrano de Luna · Pedro Moya Maleno · Pedro Piedras · José Manuel de Prada Samper · Juan José Prat · Francisco Ramírez Santacruz · Salvador Rebés · Joaquín Rubio Tovar · Marina Sanfilippo · Jesús Suárez López · María Tausiet · Dolores Thion · María Jesús Zamora Calvo · Mercedes Zavala del Campo

Mitáforas

Colección de libros independientes y gratuitos
José Manuel Pedrosa, coordinador

1
José Manuel Pedrosa
Heródoto y la soprano que cruzó el mar con el hombro tatuado
(2016)

2
José Manuel Pedrosa
Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales: el cuento de El corazón devorado *en África y Europa*
(2016)

3
Alberto del Campo Tejedor
Elogio de la locura sevillana
(2017)

4
Óscar Abenójar
Primer tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)

5
Óscar Abenójar
Segundo tesoro de cuentos del Atlas telliano
(2017)